

Aurelio Gil Beroes

SIXTO GIL

Mito y leyenda
de un jefe guerrillero antigomecista





Sixto Gil

Mito y leyenda
de un jefe guerrillero antigomecista

Aurelio Gil Beroes

Sixto Gil

Mito y leyenda

de un jefe guerrillero antigomecista

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Aurelio Gil Beroes

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Edición:

Luis Lacave

Diagramación:

Valerio González

Corrección:

José Jenaro Rueda

Diseño de portada:

Arturo Mariño

Depósito Legal: DC2021001315

ISBN: 978-980-14-4878-5

Agradecimientos

Mi agradecimiento a todas aquellas personas que conocieron el proyecto y se interesaron por su destino. A los amigos del Archivo Histórico del Palacio de Miraflores por su atención y valiosos servicios. A Julio Barrios, diseñador que tuvo a su cargo la ilustración del itinerario de esta campaña militar.

Y en especial a Mario Flores, colega y amigo, responsable de la edición de este trabajo porque, sin su cuidado, no habría conocido la luz.

También al viejo Pablo Veracierta, peón de Sixto Gil en “La Montaña”, quien ratificó varias anécdotas sobre este jefe guerrillero.

Al primo Dionisio Nuñez Garanton por su permanente aptitud en favor de la memoria de Sixto Gil.

Dedicatoria

*A Ramón Gil Romero, mi padre, y a María Victoria
y Tomás Ignacio Gil Santos, mis nietos y a (Verónica);
a Tomás Gil Martínez y María Elvira Santos,
mis hijos, con la aspiración
de que este pedacito de nuestra historia contribuya
a afirmar en sus corazones el amor por Venezuela.
Y a las familias Gil Beroes, Walker Gil, Gil López
y Olmos Gil, que lo llevan en el morral
de su gentilicio y parentela, con orgullo venezolano.*

Prólogo

Las historias también forman parte de la historia. No todas andan por el medio de la calle entre pobladas, tumultos, zaperocos y manifestaciones, sino que muchas de ellas se refugian del portón para adentro, en la intimidad familiar de sus protagonistas, o en ese misterioso archivo inubicable que se llama “memoria colectiva”. Son las historias no contadas, donde podría estar perfectamente escondida la verdad. Cuánto aclararía saber qué hablaron Bolívar y San Martín en Guayaquil, o Bolívar y Morillo en la larga noche de Santa Ana de Trujillo, o qué hablarían Rugeles y Ducharne en esa media hora final. Algunos la llaman la pequeña historia, como si hubiera historias pequeñas. Una simple gota de sangre le revela al estudioso todo lo que de vida y de muerte existe en el torrente sanguíneo. Asimismo, un simple dato o un acontecimiento intrascendente pueden arrojar más luz que mil explicaciones. De allí la importancia de la microhistoria, la historia familiar, la historia regional, la historia oral, y todos esos pedacitos en que los historiadores fragmentan la historia, que es una sola. Aquí hay de todo. Es historia familiar porque quien lo relata, Aurelio Gil Beroes, es un orgulloso nieto que creció oyendo hablar en su casa de las hazañas del abuelo; hay investigación en fuentes documentales y orales, hay mucha historia que es la geografía en el tiempo y hay mucha geografía que es la historia en el espacio. El autor pertenece a una familia de intelectuales: poetas, historiadores, académicos, juristas, ingenieros, músicos, médicos, parlamentarios, jueces, periodistas.

Un presidente de la Alta Corte Federal y de Casación, un Premio Nacional de Literatura, un director de la Escuela de Letras de la UCV, un presidente del Colegio de Abogados de Caracas, un gran maestro de la Gran Logia de Venezuela, el constructor del Puente Internacional y de la carretera Trasandina; y un guerrillero que de capitán y subalterno ascendió, en el fragor de la batalla, a general y jefe de la aventura más emocionante de la guerra intermitente que se sostuvo contra el gobierno del general Gómez. Este es el relato apasionado acerca de un personaje condenado al fracaso, que emprende una lucha con jefes motivados más por los sueños y las esperanzas que por las realidades objetivas, y que sin recursos ni planificación marchan heroicamente hacia una inevitable derrota. Desde que se produce esta revolución hasta que muere el general Gómez pasan veinte larguísimos años. La historia nos envuelve desde la primera hasta la última página, para encontrarnos atrapados, de pronto, en una trampa de ríos y de pueblos que no sabemos dónde quedan, pero que sí sabemos que Sixto Gil conoce muy bien. Nadie está esperando que caiga el dictador, sino que Sixto Gil se salve y salve a su gente. Efectivamente, murió cuarenta años después. Su jefe, el famoso general Horacio Ducharne, lo respetaba y lo oía, pero en muchas oportunidades no le hizo caso. Si las cosas se hubieran hecho como él dijo, la historia hubiera sido diferente; pero la historia no es diferente, simplemente es como es.

GERMÁN FLEITAS NÚÑEZ

Prefacio

La verdad es que este modesto trabajo representa una conjunción de emociones y sentimientos que se hicieron presentes desde el mismo momento en que me dispuse a escribirlo.

El hecho de ser nieto de Sixto Gil, a quien no conocí, me planteó un serio dilema. Me pregunté muchas veces si se vería bien que yo, su nieto, escribiera su historia. El dilema lo resolví confiando a la indulgencia de los lectores la aceptación de este trabajo, y a la historia el juicio sobre Sixto Gil y la impronta que su vida dejó en el imaginario del pueblo oriental. Sabemos que nació en el pueblo monaguense de El Corozo hacia 1870, pero allí surge una dificultad porque es que en Monagas hay dos Corozos: uno al suroeste de Maturín, y otro bien al sureste, cerca de San Antonio de Tabasca.

La oportunidad histórica de Sixto Gil duró apenas diez meses, pero en ese corto tiempo la audacia y el arrojo que caracterizaron sus acciones marcaron profundamente los pueblos orientales que las conocieron. Eso fue en un año como 1914, inicio de la Primera Guerra Mundial y sin cobertura mediática.

La muerte de mi padre, Ramón Gil Romero, a quien le escuché muchas veces anécdotas y leyendas de Sixto Gil y de la familia –algunas plasmadas en este trabajo–, constituyó un acicate para que terminara este trabajo. Había quedado con él, aún en vida, en visitar la tumba del abuelo en Maturín, pero su muerte aceleró los acontecimientos y un buen día me hallé frente a la entrada del antiguo cementerio de esa ciudad.

Bueno –me dije–, aquí estoy, pero ahora, ¿cómo doy con la tumba de Sixto Gil? Crucé el viejo portón y luego de sortear varias hileras de tumbas, a lo lejos vi a un hombre regando unas jardineras. Caminé hacia él y le dije:

—Buenos días, mi amigo. Mire, ando buscando la tumba del general Sixto Gil, ¿tiene idea de dónde puedo encontrarla?

El hombre, que disfrutaba abstraído en la serenidad y la quietud que proporciona el regar con una manguera, súbitamente volvió a la realidad. Pareció despertar. Cambió la mirada; parecía buscar en su mente la respuesta que siempre tuvo preparada para esa pregunta. Enmudeció por unos instantes, se hizo a un lado y, apuntando con su brazo izquierdo hacia la entrada del cementerio, exclamó:

—¡Allá está!

Soltó la manguera, cerró la llave y me llevó directo a tumba de Sixto Gil.

—Aquí está –me dijo y, tras acompañarme unos minutos respetuosamente, regresó a sus quehaceres.

La primera sensación que tuve frente a la tumba fue muy extraña. Había una lápida blanca partida en su punta superior derecha, relativamente bien mantenida, pero con un detalle insólito: buena parte estaba cubierta de velones derretidos, de distintos colores; de larga data algunos y más recientes otros. Podía uno pensar que estaba frente a la tumba no de un hombre de guerra, sino más bien ante la de un venerado santurrón a quien el pueblo rinde devoción por favores concedidos.

El detalle añadió nuevas interrogantes y perspectivas al propósito que nos habíamos fijado. ¿Cómo explicar la presencia de velones en la tumba de Gil? ¿Qué representa este hombre para algunos sectores de oriente? ¿Hasta dónde fijó su huella en el espíritu del pueblo de la región?

El trabajador del cementerio, con quien en adelante sostuve una cercana relación, pues lo visitaba cada vez que iba a Maturín,

se llamó Julio Martínez y su padre, según me contó, fue tropa de Sixto Gil.

En una ocasión, Julio me llevó a conocer a un ahijado de Sixto Gil. Entramos a una casa en la periferia de Maturín y allí estaba un ancianito que, al enterarse de que yo era nieto del general, me tomó de la mano y se puso a llorar. Julio murió hace algunos años e imagino que el ahijado también.

De modo, pues, que marcado también por esa impronta y partícipe de ese imaginario, decidí acometer este modesto trabajo que no tiene más pretensión que la de –puertas adentro y familiarmente– darnos un gustazo; y también, modestamente, aportar un granito de arena al conocimiento de la convulsa historia de principios del siglo XX en Venezuela, y particularmente en el oriente de nuestro país.

Documentos de diverso origen sirven de base a este relato: datos de la familia, testimonios de gente que conoció al abuelo, cuentos, leyendas, libros, revistas y artículos de prensa. Debo hacer mención muy especial del libro *Guerra de guerrillas, campaña del general Horacio Ducharne en el Oriente, 1914-1915*, del teniente coronel Alejandro Rescaniere –impreso en Caracas en 1951 por Ávila Gráfica–, pues es el único registro cronológico y militar de esos acontecimientos históricos.

El autor, un digno militar venezolano, inició su investigación en 1920, autorizado por el comandante general del Ejército de aquel entonces, a quien propuso determinar “las causas de carácter militar que habían influido en los reveses sufridos por sus tropas en la campaña de 1914-1915 en el estado Monagas contra el general Horacio Ducharne”. Y es que en ese período las fuerzas revolucionarias enfrentaron a las tropas gomecistas por lo menos en 18 ocasiones, y solo fueron derrotadas en una: el sitio de la ciudad de Maturín –operación que duró 33 horas– que impuso la insurgencia y que significó un verdadero descalabro para la propia guerrilla. Por eso su libro se constituyó en la guía cronológica de este trabajo y

de los hechos que, detalles más detalles menos, reflejamos en las páginas que siguen.

No hace mucho, alguien me dijo que una noche en algún pueblo oriental escuchó en una partida de dominó la exclamación “¡Sixto Gil en Caripito!” y el seis golpeó vigorosamente la mesa. Es la huella de este guerrillero audaz e intrépido que aún persiguen, sin éxito, los generales gomecistas.

A. G. B.

El contacto

El indio que llegó ayer tarde a Guanoco trajo el mensaje. La orden es hacer contacto de inmediato con la cabeza de la invasión en algún punto, en el rumbo hacia Yaguaraparo, en cuyas playas se produjo el desembarco.

Yaguaraparo está ubicado, aproximadamente, a unos 80 kilómetros al norte de Guanoco, y entre uno y otro sitio median varios caños del poderoso río San Juan, que abre su desembocadura en el seno del golfo de Paria.

Si todo sale de acuerdo con lo previsto, las acciones armadas que de aquí en adelante se emprenderán levantarán el apoyo de los pueblos orientales que odian en forzado silencio al dictador Juan Vicente Gómez y a sus déspotas mandatarios regionales.

Corre el año de 1914. La expedición zarpó el 29 de agosto desde un punto en la costa norte de la isla de Trinidad, con la misión de establecer una cabeza de playa en las costas orientales de Venezuela para iniciar la guerra contra la dictadura. Juan Vicente Gómez gobierna con mano de hierro desde noviembre de 1908, luego de que en un golpe incruento se apoderase del mando que le confiara su compadre, el presidente Cipriano Castro, quien había viajado a Alemania para practicarse una delicada operación.

El golpe, primero, y luego la despiadada y rapaz conducta del régimen de Gómez, que llevaba a la gente a envilecerse por sumisión o a rebelarse contra el opróbio, obligaron a miles de venezolanos a huir del país.

Hace un año, en agosto de 1913, el dictador suspendió las garantías constitucionales, con el pretexto de que Cipriano Castro se disponía a invadir el país. Electo para gobernar durante el período 1910-1914, con la suspensión de las garantías Gómez ha dispuesto implantar el continuismo. El malestar es generalizado y las cárceles y también el exilio están repletos de venezolanos.

Cuba, Puerto Rico y otras de las Antillas mayores sirven de refugio a centenares de familias venezolanas pertenecientes a varias generaciones, cansadas de violencia y tribulaciones. Pero será Trinidad –todavía para aquel entonces colonia inglesa– la isla donde se concentrará el núcleo político de la oposición a la dictadura. Su proximidad a las costas orientales y los lazos históricos tejidos con Venezuela la convirtieron en lugar ideal para la trama y la conspiración contra la dictadura.

Entre todos los opositores destaca el legendario líder José Manuel “El Mocho” Hernández, referencia del nacionalismo liberal en Venezuela. Hernández es un hombre de acción que tiene en su haber alzamientos militares y rebeliones contra cuatro gobiernos de las postrimerías siglo XIX: los de José Ruperto Monagas (1870), Juan Pablo Rojas Paúl (1880), Raimundo Andueza Palacio (1890) e Ignacio Andrade (1899). Ahora, a sus 61 años de edad (nace en 1853), organiza e impulsa una rebelión contra el dictador Juan Vicente Gómez, en los inicios del siglo XX.

De sus andanzas caudillistas conserva experiencia, amistades y lealtades que empleará en esta, quizá, su última aventura político-militar.

Hernández y Ducharne

En el cuadro de relaciones políticas y militares que conserva “El Mocho” Hernández destaca, en oriente, el general Horacio Ducharne, un relevante militar oriental, de experiencia en varias “revoluciones” y guerras de fines del siglo XIX, que participó en La Libertadora ¹—de Manuel Antonio Matos— contra el presidente Cipriano Castro. El plan de Hernández es amplio y audaz: se propone inducir, simultáneamente, varios levantamientos armados en distintas zonas del país para que, militar y políticamente coordinados, provoquen la movilización nacional en contra del dictador y su eventual derrocamiento.

Ducharne, quien conoce bien los territorios de Monagas y Sucre, se ha comprometido a impulsar las acciones armadas en esos estados del oriente venezolano.

Su misión es encender en la región la chispa de la revolución contra el régimen gomecista y lograr dinero para impulsar la rebelión, pero otros hombres integran el plan urdido en Trinidad, varios de ellos ya han precipitado las acciones militares en distintas áreas orientales.

Entre Delta Amacuro y Bolívar va y viene el coronel Ángel Lanza; en Barcelona hablan de la tropa del general Pedro

¹ La Revolución Libertadora (1901-1903) fue una guerra civil de Venezuela en la que una coalición de caudillos regionales, encabezados por el acaudalado banquero Manuel Antonio Matos y aliados con empresas transnacionales (New York & Bermúdez Company, Orinoco Steamship Company y la Compañía del Cable Francés, entre otras), intentaron derrocar al gobierno de Cipriano Castro.

Monagas; en Cantaura han visto a caballo al general Rosendo Natera; Jesús Sifontes y Luis Beltrán Arreaza están alzados en la zona de El Chaparro, y en las cercanías de Aragua de Barcelona el general Pedro José Fernández; también se moviliza por las llanuras de Anzoátegui Pedro Urbáez y sus hombres. Al norte, en la península de Paria, entre Tunapuy y Macuro, Tomasito Guerra y Manuel Quintero inquietan a las autoridades gomecistas.

En las llanuras de Apure, Pedro Pérez Delgado “Maisanta” asume el compromiso con varias acciones: ocupa el vapor Masparro; ataca los cuarteles de San Fernando de Apure y de Puerto Nutrias, en Barinas; y hostiga a las tropas del gobierno en las pampas apureñas hasta el Arauca.

La proclama de “El Mocho Hernández”

Que esta “Revolución” había sido concebida y planificada con suficiente tiempo, y que su liderazgo se impacientaba, lo revela la proclama lanzada al país por “El Mocho” Hernández tres meses antes de que se llevara a cabo el desembarco en Yaguaraparo y casi cuatro del inicio de las operaciones, y que publicó, al menos, el diario El Universal el 22 de mayo de 1914.

En el documento, Hernández se extiende en consideraciones sobre la situación del país y el escenario internacional, la conducta y la moral del dictador y sus allegados, la rapiña con la cual han actuado en provecho personal y, al final, hace un llamado a los comprometidos en las acciones militares. He aquí el texto completo:

La proclama del general Hernández²

Desde su asilo de Trinidad, el general Juan Manuel Hernández, a quien se conoce con el alias de “El Mocho Hernández”, lanzó una proclama de guerra contra el régimen del general Juan Vicente Gómez, el 22 de mayo de 1919.

Cuando aquel documento revolucionario fue conocido y publicado por la prensa de Caracas, surgió un movimiento de protestas y de adhesión al sistema que combatía Hernández. Muchas

2 Boletín del Archivo Histórico de Miraflores (BAHM), n.º 30, año V, Caracas, mayo-junio de 1964, p. 17.

de esas manifestaciones reposan en los fondos documentales del Palacio de Miraflores, de donde ahora se toman, junto con la proclama, para hacerlos del conocimiento de los venezolanos, porque son el reflejo de una época ya superada y de un pasado aleccionador para la República:

A los Venezolanos:

Por más que hondos y prolongados infortunios han prevalecido sobre nuestra desventurada Patria, mi espíritu albergaba la esperanza de no volver a hablar a mis compatriotas sino el lenguaje propio del hombre idólatra del civismo, sostenedor del orden legal, como base y fundamento de la felicidad de las Naciones; pero desgraciadamente mi halagüeña esperanza acaba de abandonarme para dar lugar a una franca, enérgica, resuelta y concluyente protesta ante el crimen de usurpación que con inaudito descaro ha consumado el nefasto Juan Vicente Gómez.

Venía el País soportando con heroica paciencia el yugo de extorsiones, exacciones, vejámenes y escandalosos peculados a que ese hombre lo sometiera, porque esperaba que la sociedad o un último resto de decoro siquiera de hipócrita circunspección, por parte de los tiranos, pusiera término a sus largos padecimientos sin recurrir al doloroso extremo de la fuerza, aunque esta fuera mucho menos cruel que la empleada por verdugos; pero Gómez y sus consejeros tomaron la paciencia por cobardía, la prudencia por debilidad, las protestas de adhesión arrancadas por la amenaza de tormentos y castillos, por lealtad, el amor a la paz, por implícita aprobación del régimen despótico, la servil adulación de cuatro especuladores, por el voto libre del pueblo. Llegaron a creerse dueños y señores por derecho propio, árbitros absolutos de la Nación venezolana, y en el ciego furor de una ambición y de una avaricia sin límites, resolvieron consumir el más escandaloso atentado, el crimen más feroz y absoluto: la anulación de las instituciones, el

fusilamiento de la Patria sin fórmula de juicio. En la historia venezolana, con todas las desdichas que sombrean sus páginas, no ha habido nunca nada tan grotesco, descarado y audaz; nada de tan burda urdimbre y de tan irritante desfachatez, como este plan desvergonzado con que Gómez y sus áulicos creyeron hacerse perdurables en el ejercicio del despotismo más bárbaro que se haya visto en el vasto territorio americano, desde el descubrimiento y la conquista hasta nuestros días. Estado el país en completa paz, ya la intentona castrista sucumbió al nacer, resuelto a esperar pacientemente el término legal de un período desgraciado, en que todas sus energías vitales se han venido consumiendo y en que todas las fibras de la dignidad nacional se han sentido hondamente lastimadas, los usurpadores se confabulan para tramar el último atentado, tejen una ridícula farsa de insurrección con el fantasma de Castro a la cabeza, como para sublevar el ánimo del pueblo y amedrentar a los pusilánimes, montan numeroso ejército, confieren al Presidente de la República ilimitadas facultades despóticas que lo vuelven irresponsable, suspenden todas las garantías constitucionales y declaran en vigencia la Ley Marcial que todavía está rigiendo; todo ello para impedir que el pueblo elija, por medio del sufragio, las Cámaras Legislativas que en presente año debían nombrar al sustituto de Juan Vicente Gómez, siendo el corolario de esta mascarada política un Congreso ad hoc con el nombre de Plenipotenciarios, para que estos se hagan sus cómplices en el criminal atentado de lesa Patria; pero esta sombría conspiración con que tan osadamente se ha afrentado a la sociedad venezolana y que nuestros heroicos soldados, herederos de inmarcesibles glorias, se han visto obligados a servir de comparsa a la criminal comedia, no proyectarán su repugnante silueta en las páginas de nuestra historia sin que a su lado se destaque, como luminosa fulguración de la dignidad nacional, una de esas tremendas sanciones

con que el altivo pueblo venezolano sabe consagrar el dogma de sus opresores, en desagravio de la Constitución.

Yo he penetrado siempre en el corazón nobilísimo del pueblo venezolano, del pueblo que constituye la masa más explotada y escarnecida, y allí he leído como en un libro el evangelio..., en cuyo nombre interrumpo el silencio que me había impuesto, para hacer un llamamiento general a ese pueblo y a todos mis compatriotas, a todos los venezolanos, dispuesto como lo estoy a ofrendar nuevos sacrificios a los altares de la Patria, oprimida y vilipendiada. Ni temerarios prejuicios, ni mezquinos rencores, ni pasiones banderizas, ni recuerdo del pasado, ni desordenadas ambiciones, han de oscurecer en lo más mínimo la pureza de sentimientos con que me dispongo a terminar con la usurpación, a derrocar el funesto sistema existente y restablecer el imperio de las leyes; y, por lo tanto, mi llamamiento no se dirige a determinado círculo, agrupación o partido, cualquiera que sea su denominación, sino a todos los venezolanos que quieran gozar de las prerrogativas que una Patria, digna y próspera, ofrece a sus hijos. La víctima de la usurpación no es un partido político sino todo el pueblo venezolano; lo que pelagra no es un programa de gobierno, sino las instituciones patrias. La bandera mancillada por la tiranía no es la de un bando más o menos numeroso, sino el iris estrellado de la Patria, la vergüenza de una inexplicable claudicación no vendrá nunca a mancillar la frente de unos cuantos, sino a atormentar y oprimir el alma nacional y por consiguiente mi corazón de patriota, mi condición de hombre y mi criterio ciudadano, me imponen imperiosamente la obligación de ofrecer mis sacrificios, no a determinado partido, sino a mi adorada Patria y por mi Patria. Que mis compatriotas oigan este honrado llamamiento y la Patria sea salvada.

Bien se me alcanza que las promesas fallidas de muchos Caudillos han creado desconsolador pesimismo en el corazón venezolano; pero sé también que la masa popular a que antes

me he referido ha consagrado justicieramente mi palabra con el óleo de su confianza, porque ella ha sido siempre la expresión genuina de sus sentimientos y de sus ideales, y porque ha presenciado mis múltiples sacrificios en la defensa de sus derechos conculcados y de sus intereses deprimidos, tanto por consiguiente la satisfacción de sentirme ampliamente autorizado para reclamar la fe de todos mis compatriotas, aun la de mis adversarios políticos de otras épocas, para denunciar la actitud liberticida de Juan Vicente Gómez, hasta ayer Presidente de la República, hoy faccioso, cumpliendo así el deber que me impone de consuno el alto puesto que ocupó en la política del país, mi condición de ciudadano, toda una larga vida de lucha contra los despotismos y las usurpaciones, defendiendo siempre la majestad del Derecho y el sagrario de la Ley, porque ninguno puede, honradamente, acusarme de deslealtad a mi palabra ni aun en las más difíciles situaciones de mi larga vida política.

Compatriotas: invocando la memoria de los insignes patricios que nos legaron los anales más gloriosos de la América, os invito a deponer todo sentimiento hostil a la unión, toda la suspicacia contraria a la fraternidad venezolana y a marchar juntos hacia la vindicación de nuestros sagrados derechos. El glorioso pabellón venezolano está hoy profanado en manos de la tiranía; vamos a redimirlo, a purificarlo con el incienso de nuestro sacrificio y a ponerlo en las manos del pueblo libre, digno y soberano señor de sí mismo. Recoged el brillante ejemplo de puro patriotismo que acaba de darnos la altiva juventud universitaria, sin máculas del pasado y fiel depositaria de nuestro porvenir, y ved cómo ella, menos obligada al sacrificio que muchos unguados por las esperanzas populares, lanza el reto de su indignación a la faz de los tiranos, que para derrocarlos es de ella que siempre han sentido el primer golpe cívico. A la sombra de nuestro pabellón mancillado por ingratos que olvidan lo que a él deben, vamos a levantar la bandera

Patria de Bolívar y a presentarla con los arreos de la dignidad y del honor en el concurso de la civilización cristiana.

La hora es solemne y la reacción urgente. Ya el mundo civilizado se impacienta de ver por tan largo tiempo restado al beneficio de la humanidad, nuestro vasto territorio, pletórico de riquezas inexploradas y en cuyos yermos no se oyen más que los lamentos de la miseria, el crujido de grillos y cadenas, la insolente voz de mando de los déspotas y las francachelas de la rapiña entre los que viven saqueando las arcas nacionales y atropellando todo lo sagrado.

El mundo civilizado se impacienta y muy pronto va a contemplarnos más de cerca, cuando la gran República del Norte entregue al tráfico universal la gigantesca arteria interoceánica del Canal de Panamá. Para entonces, y para ello faltan pocos meses, el mundo nos reclamará imperiosamente con sobrada justicia, el definitivo implantamiento de un orden político, prácticamente basado en los principios del Derecho, si queremos que se nos respete como Nación libre, independiente y soberana.

¡Venezolanos! El honor de la Patria, sus padecimientos y los innumerables peligros que la rodean en estos momentos, nos están reclamando un acto de reparación inmediata y definitiva. Nuestra dignidad nos impone castigar la osadía de los usurpadores y salvar el nombre venezolano del descrédito con que hoy se le denigra en el extranjero. Apresurémonos, pues, a cumplir con nuestro deber y estar persuadidos, lo juro por la felicidad de esta misma Patria ultrajada, de que si para ello fuese suficiente una sola víctima propiciatoria yo no cedería a nadie ese puesto.

Compañeros: La victoria va con nosotros, vinculada en nuestro derecho, valor, decisión y energía. Dios bendice nuestras filas y nuestras armas, porque en ellas está la salvación de todo un pueblo inocente y noble, sacrificado por la ferocidad de inicuos opresores. Ahora o nunca. Yo estoy seguro de que

todos y cada uno de vosotros os colocaréis a la altura del honor y del deber, como buenos patriotas, dignos ciudadanos y disciplinados militares. La suerte de la Patria está en vuestras manos: tened presente que de ella habréis de dar cuenta a Dios, al mundo y a la historia.

JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ

Puerto España, 22 de mayo de 1914³

Sr. Gral. J. V. Gómez &, &, &.

Muy respetado jefe y amigo:

En los diarios de hoy he visto la Proclama del Gral. Hernández, en la que llama a sus adictos para la guerra. Aunque él ha sido y es y será un fracasado, es posible que haya locos que le acompañen, por lo que vendrá la descomposición del país, yo creo oportuno y un deber de amigo de Ud., el repetirme sus órdenes, las que espero con gusto en el Hotel Venezuela.

Su amigo y subalterno,

B. D. J. Vivas

Nota:

En el país crece la expectativa, especialmente en el oriente, donde gana crédito la especie de que el propio Hernández encabezará la invasión.

Como prueba de ello está un testimonio del presidente del estado Bolívar para aquel entonces, David Gimón, quien le escribe a Gómez el 1.º de abril de 1914, diciéndole lo siguiente:

3 (BAHM), año V, n.º 28 y 29, Caracas, enero-abril de 1964, p. 276.

Mi estimado jefe y amigo: me han informado personas verídicas que el coronel Ángel Lanza se encuentra en jurisdicción del Territorio Delta Amacuro con unos compañeros que no pasan de 15 y que se ocupa de aclarar una pica que existe en el Bajo Orinoco, que sale del Caño Acure cerca de Curiapo; este caño da a la estación de Paropinto y esa pica de este último punto se comunica con los pueblos del Yuruari. Dicen que el objeto de estar Lanza en esos lugares esperando unos elementos de guerra que introducirán por el caño Acure con el fin de introducirlos a este estado; también agregan que el general Hernández, si invade, lo hará por esa vía de incógnito, con el fin de llegar al interior de este estado.

Y agrega en otro párrafo:

La situación política de este estado ha cambiado favorablemente, pero sí tengo la seguridad de que si el general Hernández se mete por el Yuruari no faltará quien lo acompañe. Pero Ud. debe saber mejor que yo si este jefe ha conseguido o no elementos⁴.

La verdad es que la misión de iniciar la invasión la ha asumido el general Horacio Ducharne, quien en estos momentos se mueve hacia Guanoco en busca del contacto con Sixto Gil y sus hombres.

Al tocar Yaguaraparo, Ducharne hizo un alto y dispuso que veinte carabinas y 5 mil tiros le fueran entregados a Manuel Quintero, veterano guerrillero de la zona de Paria, quien puede actuar por sí solo y apoyar futuros desembarcos enviados desde Trinidad.

El mensaje entregado en Guanoco dice:

4 *Ibid.*

Costas de Oriente, 29 de agosto de 1914. Capitán Sixto Gil, donde se encuentre:

Los enormes esfuerzos por reiniciar la liberación de la patria del oprobio y la ignominia en que la han sumido sus peores hijos, han prendido ya en suelo venezolano. Con el poder de nuestras armas, la fuerza de la razón y la voluntad de nuestro pueblo obtendremos su liberación.

GENERAL HORACIO DUCHARNE

La naciente campaña, aún sin haber iniciado hostilidades, ya carga con una gran hazaña: haber burlado los servicios secretos de Francia, Inglaterra y Holanda, y los del propio Gómez, desembarcando en tierra venezolana, sin novedad, el arsenal adquirido en Francia, en medio del fragor de la Primera Guerra Mundial.

Se trata de 100 fusiles Máuser y 60 mil tiros adquiridos por Ducharne en Francia, con el producto de la hipoteca de su pequeña hacienda cacaotera Blanquisel, ubicada en el norte de Trinidad, algún dinero aportado por el general José Manuel “El Mocho” Hernández y la ayuda de un pariente francés.

El general Ducharne negoció con el proveedor del armamento el traslado del arsenal desde algún punto de la costa gala hasta la isla de Guadalupe, importante colonia francesa en el Caribe, para que desde allí fuese enviado en el vapor mercante Les Antilles a la playa de Blanquisel.

La compra debió efectuarse, probablemente, en el último trimestre de 1913, para ser trasladada en los primeros meses del año siguiente. El acarreo del armamento debió atravesar, en aguas internacionales, la tormenta de la Primera Guerra Mundial.

El escenario bélico

El imperio austro-húngaro le había declarado la guerra a Serbia; Rusia interviene a favor de esta porque desea reducir la influencia de Austria y Hungría en Los Balcanes y se encuentra con que el primero de agosto de 1914 el imperio austro-húngaro le ha declarado la guerra.

Alemania interviene a favor de su aliado imperial y atacó a Rusia; Francia se sumó a las hostilidades contra Alemania, y al poco tiempo 32 países se hallaban enfrascados en la contienda. Veintiocho denominados “aliados” contra cuatro, conocidos como “coalición de las potencias centrales”: los imperios austro-húngaro, alemán y otomano, más Bulgaria.

El tráfico de armas era muy activo y todos los gobiernos involucrados en la conflagración, más los servicios secretos, ejercían severos controles marítimos y aduaneros.

El obstáculo de la guerra

La Primera Guerra Mundial habrá de constituirse en enorme obstáculo para la proyección nacional e internacional de la campaña que está por iniciarse en el oriente venezolano. La conflagración mundial concita la atención de las élites internacionales y la conservadora prensa nacional, atenta a estos acontecimientos, brindará muy poco espacio e interés a las acciones de los alzados contra el gobierno.

Para colmo, desde mediados de marzo una huelga nacional de telegrafistas mantiene incomunicadas a las principales poblaciones de Paria: Macuro, Güiría, Irapa, Yaguaraparo y Río Grande, con el resto del país.

De modo, pues, que solo la justeza de esta lucha, la profunda identificación del pueblo oriental con su causa y el arrojo y audacia de los alzados en cada batalla, van a permitir la fijación de sus hazañas y logros militares en el imaginario y en la leyenda del pueblo oriental, para trascender en el tiempo con significación histórica y política.

Guanoco y la New York & Bermúdez Company

Una población: Guanoco, y un fenómeno natural: el lago de asfalto localizado en ese punto, son elementos circunstanciales que activan esta historia.

La explotación del lago de asfalto por parte de la sociedad New York & Bermúdez Company ⁵ a partir de 1885, en concesión obtenida de su dueño inicial, el ciudadano estadounidense Horatio Hamilton, quien a su vez, dos años antes, la recibió del gobierno de Antonio Guzmán Blanco, es uno de los hechos económicos más relevantes de la Venezuela de principios de siglo XX⁶.

La empresa mantiene una intensa actividad comercial. Sus buques navegan incesantemente entre Guanoco, Puerto España (Trinidad) y los principales puertos de la costa este de los Estados Unidos. Esta actividad va a ser aprovechada por los revolucionarios para sostener encuentros y contactos.

Sixto Gil, veterano de la Revolución Libertadora (1901-1903) junto con Manuel Antonio Matos contra Cipriano Castro, trabaja para la empresa proveyéndole cortes de madera para sus operaciones. Vive en Guanoco con su esposa, Eugenia Romero, y sus dos pequeños hijos: Sixto y Ramón. Aprovechando su relación laboral, Gil ha viajado subrepticamente a Trinidad en el navío *Viking* y

5 La empresa debe su nombre, muy seguramente, a que sus socios capitalistas residían en Nueva York y el lago de asfalto de Guanoco estaba ubicado en el antiguo estado Bermúdez, entidad territorial que en 1901 fue disuelta y disgregada en tres: Anzoátegui, Monagas y Sucre

6 Nikita Harwich Vellenilla. *Asfalto y revolución: la New York & Bermúdez Company*, Monte Ávila Editores, Caracas: 1992, p. 15.

otros barcos de la empresa para encontrarse con los complotados, y ha participado en los planes militares que allí se urden contra la dictadura de Gómez.

La acción

El 29 de agosto de 1914 se produce el desembarco en las playas de Yaguaraparo.

En la mañana del 2 de septiembre, Sixto Gil, buen conocedor de la región de los caños, parte al mando de un puñado de hombres en dos curiaras, en busca del contacto con la cabeza de la invasión. El contacto de Ducharne y Gil marcará el inicio de las operaciones de esta empresa bélica contra la dictadura.

El encuentro se produjo la noche del 3 de septiembre en uno de los caños del río San Juan y sin dilación, aprovechando la oscuridad de la noche y el empuje de la marea⁷, avanzaron lo que más pudieron. Debían eludir los navíos del gobierno y los de su propia compañía. La plaga no dejaba tiempo para el descanso. Al mediodía del 4 de septiembre se encontraban ya en Guanoco. Allí se asignó el mando entre los más capaces y pusieron armas en mano.

Sixto Gil es nombrado segundo jefe de las operaciones, debido a su carácter resuelto, don de mando y experiencia militar durante la Revolución Libertadora, donde habría actuado como oficial subalterno con el grado de capitán, tal vez bajo el mando del propio Ducharne.

Tras una rápida revisión de los planes, la Revolución inicia operaciones.

7 La marea es el cambio del nivel del mar producido periódicamente por la influencia de la fuerza de atracción que ejercen el Sol y la Luna sobre la Tierra. El fenómeno permite avanzar contra la corriente de los ríos que descargan al mar, debido al incremento del nivel de las aguas.

Hacia el caño Colorado

En este curso de agua se encontraba una de las principales aduanas del país, donde se pechaba el asfalto que la New York & Bermúdez Company sacaba al exterior por la desembocadura del río San Juan.

La primera acción de la fuerza insurreccional fue la toma de la aduana. Una pequeña flota de botes y curiaras se desliza aguas abajo por el río San Juan hasta la desembocadura del río Asagua. Remontan las aguas de este afluente hasta donde ayudó la marea. Allí, luego de más de 14 horas de navegación, fueron hundidos botes y curiaras.

Con la plaga como acicate continuó la marcha por la selva espesa y pantanosa, a través de picas hechas a machete de baquiano, hasta la desembocadura del río Punceres en el Guarapiche.

La columna esperó el amanecer y emprendió la marcha aguas abajo por la margen izquierda del río Guarapiche, mientras que una patrulla, despachada horas antes por Sixto Gil, tenía la misión de bajar por la margen derecha y capturar todas las embarcaciones que pudiera para, en un punto convenido, pasarlas al lado izquierdo y embarcar a los combatientes hacia el destino de la misión.

Así se hizo y el personal de la aduana fue sorprendido y sometido. Sin embargo, la operación no arrojó buenos resultados: apenas tres fusiles y ningún dinero. Al final de la mañana fueron liberados los prisioneros y la columna emprendió el viaje de regreso a Guanoco, bajando por el Guarapiche hasta caño Francés, y por este hasta el río San Juan. Sin embargo, surgió un obstáculo: tres navíos de la Armada: el crucero *General Salom* y los vapores *Cristóbal*

Colón y Margarita recorrían el trayecto entre caño Francés y el río San Juan.

Se esperó la noche para la aproximación a estos buques y, con las curiaras apersogadas de dos en dos para evitar que se volcaran en caso de combate, se avanzó hasta que se divisaron las luces a bordo de los navíos de la Armada.

Afortunadamente, eso ocurrió cerca de la entrada a un pequeño brazo del caño Francés, llamado cañito Morrocoy –identificado por “Pata’e Cachipo”, un baquiano y hombre de confianza de Sixto Gil–, que permitió vadear las embarcaciones del gobierno y arribar a Guanoco sin sobresaltos.

De regreso a Guanoco

Recuérdese que Gil mantenía una estrecha relación con la NY & BC, pues la proveía de madera para sus operaciones.

Este jefe militar, que vivía en Guanoco, pequeño villorrio minero a orillas del río del mismo nombre, ordena alimentos para la tropa y organiza el descanso y vigilancia.

Un mes antes, a principios de agosto, en el vapor *Viking* de la compañía asfaltera envió a su esposa, Eugenia Romero, a sus dos hijos: Sixto y Ramón, y a otros dos parientes a Trinidad, de acuerdo a lo convenido con la jefatura de la Revolución.

El tiempo para el aprovisionamiento y el descanso es corto, pues los buques gomecistas, todos transportando tropas de infantería de desembarco, recorren el río San Juan. A las pocas horas lo esperado: un bote del vapor *Cristóbal Colón* con una patrulla de exploración armada atraca en el muelle de Guanoco y, al pisar tierra, es capturada.

Los hombres dijeron que el vapor estaba al mando del capitán Juan Vásquez Quijada, con quien acordaron que si no había peligro, debían sonar el pito de la compañía, a cuya señal el vapor llegaría y atracaría en el puerto.

Ducharne y Gil deliberaron por escasos minutos y se dispuso a la tropa en posiciones de combate, luego se le ordenó a un suboficial de los capturados hacer sonar el pito de aviso. Cerca de media hora después del llamado apareció el buque. La tensión llegó al máximo. El desconocimiento de las operaciones necesarias para atracar en el puerto este tipo de buques precipitó las acciones.

Cuando se disponía a atracar con varios remolques cargados de tropa, inoportunamente se abrió fuego contra ellos.

Todo el personal a bordo de los remolques fue abatido y los que no recibieron disparos cayeron al río, ahogándose muchos de ellos. Los pocos que ganaron la orilla a nado fueron apresados. A pesar de la sorpresa, el capitán Vásquez Quijada logró poner a salvo el vapor, que de haber sido capturado habría sido un serio golpe político y militar para la dictadura, además de que la Revolución habría capturado el arsenal del buque: un enorme botín de guerra.

No obstante, fueron pocas las armas capturadas; el resultado militar fue bueno para la Revolución que, fortalecida en su moral, se propone abandonar de inmediato la región de los caños.

Otros dos buques de la Armada gomecista se encuentran en aguas del río San Juan.

Hacia las montañas

El mando de la Revolución decide salir de Guanoco el mismo día de la emboscada al vapor *Cristóbal Colón* y, aprovechando la marea, por el mismo río San Juan navega rumbo al noroeste hasta la población de Pararé, en el estado Sucre.

En este punto se ordenan la tropa y las provisiones y, tras un breve reposo, se continua la marcha a pie, en sentido norte hacia El Pilar, atravesando las selvas de la región. En esa población enfrentan al general Custodio Fondeo, quien comanda un cuerpo de 200 hombres. Fondeo es derrotado y la Revolución se hace de algunos fusiles y cartuchos, con los cuales armó a un buen número de voluntarios.

De El Pilar se avanzó seguidamente contra el general Paulino Torres, quien con un destacamento de 100 hombres custodia el hato La Concepción, propiedad del general Gómez. Luego de un breve combate, el general gomecista huye y sus hombres se dispersan, abandonando cerca de 40 fusiles, unos cajones de cartuchos y 14 caballos con el hierro del general Gómez (una “G”). Esto permitió montar en caballo a los jefes y oficiales de la Revolución –incluidos el general Ducharne y Sixto Gil–, quienes andaban a pie desde el desembarco de Pararé. En La Concepción se aprovisionó la tropa, hubo algo de reposo y se cargaron dos mulas con carne salada.

Todas las acciones emprendidas desde Pararé hasta La Concepción se habían realizado en cuatro días. Ahora la fuerza de la Revolución contaba con 160 hombres.

Dos maneras de concebir la guerra

Sin embargo, habían transcurrido casi dos meses desde el desembarco en Yaguaraparo y no se había recibido ningún recurso del comando de la Revolución en Trinidad. Todo se mantenía, hasta ahora, con los recursos que Ducharne introdujo en el desembarco de Yaguaraparo y lo que se había capturado al enemigo.

Había una contradicción y es que, mientras en Venezuela la Revolución se resentía por falta de apoyo, desde Trinidad el general José Manuel “El Mocho” Hernández urgía a los mandos militares respuesta económica para profundizar la lucha. Al parecer, uno de los acuerdos establecidos antes de iniciarse la campaña fue que las fuerzas de la Revolución, una vez en acción, debían imponer un tributo económico a los grandes hacendados de la región oriental para financiar las operaciones y permitir la adquisición de armamento, municiones y avíos de guerra.

Aparentemente, Ducharne se habría desentendido de esta orientación. Era un hombre muy escrupuloso, incapaz de presionar a algún hacendado y exigirle dinero o cualquier otro recurso. Solo lo aceptaba si le era ofrecido.

Consecuente con su conducta, al final de sus días, perseguido por el general Rugeles en los llanos de Monagas, sus cansadas tropas tomaron varios caballos en un hato para continuar la marcha porque sus extenuadas bestias ya no podían más. Pues Ducharne ordenó que las devolvieran, señalando que si no tenían caballos continuarían a pie. Y así se hizo.

En Trinidad, por el contrario, manejaban la idea de que en la lucha por la liberación del país los que tenían recursos económicos

debían aportar, mientras otros ponían sangre y pellejo combatiendo la dictadura. Prueba de la contrariedad existente es la carta que el 21 de octubre de 1914 envié a Sixto Gil, desde Puerto España, Jorge Pereira, asistente de “El Mocho” Hernández. Tras saludarlo y celebrar su unión con la causa, le expresa:

Mucho me he alegrado al saber esto, porque conociéndolo a Ud. puedo asegurar que mucho obtendrá la causa de sus buenos oficios en favor de ella. Para que Ud. pueda a conciencia prestar sus servicios con mayor seguridad de éxito, debo hablarle con entera franqueza y como se lo merece un amigo probado como Ud. Teniendo en preparación dos operaciones de altísima importancia, suficiente cualquiera de ellas para prometernos un rápido triunfo, y siendo lo único que nos faltaba para realizarlo, una suma que no bajara de 50.000 dólares, resolvimos Horacio y nosotros, que el primero verificara una invasión de esas regiones con el objeto de levantar en esos lugares una contribución de guerra que nos pusiera en capacidad de llevar a cabo aquellas dos operaciones. Contando con que Horacio cumpliría y que a lo más tardar, desde diez días, empezaríamos a recibir sumas de dinero como resultado de sus gestiones allá, se han ido perfeccionando los trabajos emprendidos hasta el punto que hace ya tiempo que todo está preparado y solo se espera para proceder lo que prometió formalmente Horacio enviar y que todavía no ha enviado, después de cincuenta días de haber salido de aquí.

Para ponerlo en capacidad de conseguir esos recursos sabe él que no se omitieron aquí sacrificios y que se le dio todo lo que había disponible.

Para mí es inexplicable cómo es que habiendo estado no en uno sino en varios lugares de donde se ha podido obtener una contribución, todavía no se haya hecho, sabiendo él, como muy bien sabe, que de una suma casi insignificante, pero producida a tiempo, dependería hoy el triunfo de la causa.

Como Ud. está a su lado y mucho puede hacer haciéndole por lo menos ver la enorme responsabilidad que caería sobre él mañana cuando se aclaren estas cosas y se viera que por su falta de cumplimiento se ha perdido la victoria de nuestras armas, he querido contarle todo esto, confiado al mismo tiempo que Ud. se apersonará de la cosa y por su parte hará todo lo necesario, a fin de que cuanto antes se remita o se empiecen a remitir las sumas que se recauden. Usted no debe olvidar que se trata de libertar a Venezuela de una tiranía y que no es sino por medios extraordinarios que se alcanzan cosas también extraordinarias⁸.

En uno de los párrafos finales de su carta, Pereira plantea el asunto probablemente inaceptable para Ducharne:

No se trata de cosas ilícitas sino de algo muy justo y lícito. En los presentes momentos todo venezolano está obligado a servir a la liberación de la Patria: unos van a dar su sangre en los campos de batalla y natural que otros den su dinero y, aún así, habrán dado menos que aquellos. Para Uds. es además vital este asunto porque sin dinero no podríamos auxiliarlos por más que queramos⁹.

Las urgencias en Puerto España son muy grandes, tanto que ese mismo 21 de octubre “El Mocho” Hernández también le escribe a Sixto Gil. Le refiere sendas cartas del día anterior para Ducharne y para él, tratando el mismo asunto:

Mi adición a aquellas y estas líneas son para recomendarle nuevamente el encargo que le hace Pereira respecto a la correspondencia para usted, la cual debe leérsela toda a Horacio y con toda la puntuación necesaria para que él y también usted

8 BAHM, año XIX, n.º 61-63, Caracas, julio-diciembre 1969, pp. 179-181.

9 *Ibid.*

se penetren de los particulares de ella, tanto como lo imponen los muy serios y sagrados intereses a nuestro cargo.

El dejar yo cosas de gran importancia del momento para hacerles estas líneas es prueba evidente de la seriedad y gran trascendencia del asunto que les exijo yo por órgano de Pereira.

Su amigo afectísimo, José Manuel Hernández¹⁰.

10 *Ibid.*, p. 181.

La autarquía como esperanza

A estas alturas de la campaña, la Revolución ha perdido el cordón umbilical con su apoyo político. No habrá más cartas y exigencias desde Trinidad; tampoco tiempo para atenderlas.

La guerra continuará porque se está en ella, porque la vida corre peligro, porque se comparten circunstancias de vida o muerte con muchos hombres y porque se lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Lo cierto es que la Revolución ha perdido relaciones y contactos en el exterior y avanza sin definiciones estratégicas.

El éxito militar del combate de Caripito

Luego de la victoria del hato La Concepción, el general Ducharne ordenó salir del estado y dirigió su gente, pasando por la población de Catuaro, todavía en el estado Sucre; y de allí hacia el estado Monagas, rumbo a Caripito, atravesando las selvas de La Palencia.

La vanguardia de 30 hombres al mando de Sixto Gil marcaba el rumbo. Por las noches se dormía dentro de un cerco de tiradores destacados a unos 300 metros de distancia, que disponían fusiles que se disparaban solos si se tropezaba la cuerda que los circundaba.

Si detrás del disparo venía el silencio, se hacía un reconocimiento y se armaba de nuevo el fusil; pero si había algarabía y otros disparos, se hacía fuego sobre el punto.

Luego de cuatro días de marcha, las fuerzas revolucionarias arribaron en horas de la tarde a la sabana de Teresén, ubicada unos tres kilómetros al este de Caripito, y allí acamparon.

Al amanecer del día siguiente, al general Ducharne le llegó información desde Caripito: el general Volcán, al mando de 400 hombres, se encontraba en la desembocadura del río Caripe, en San Juan. Volcán se informó en Caripito de la presencia de las fuerzas revolucionarias en la sabana de Teresén.

Convencidos de que el general Volcán se preparaba para atacarlos, decidieron contener la posible avanzada. Ducharne y Gil acordaron organizar un destacamento con los mejores 30 tiradores y avanzar hacia Caripito con la misión de establecerse en una posición de tiro, en el camino que conduce de ese poblado a Maturín, y combatir en retirada mientras que el resto de la tropa retrocediese hasta Punceres.

Pero Gil, quien comandaba el destacamento, no se asentó en un punto del camino sino que, como no vio movimiento, con gran sigilo apostó sus hombres en unos matorrales cercanos a la salida del pueblo hacia Maturín y quedó a la espera. Cuando las primeras tropas del gobierno comenzaban a organizarse en la plaza, ordenó abrir fuego causándoles las primeras bajas y sembrando el desconcierto en los mandos gomecistas.

De inmediato ordenó el repliegue hacia los bosques aledaños en el camino hacia Maturín, al tiempo que daba parte a Ducharne para que emprendiera retirada.

Las leyendas dicen que el general Volcán estaba borracho y que, en la creencia de que los revolucionarios habían emprendido la fuga, ordenó una persecución tipo montonera que fue detenida con una nueva matanza por la columna de Sixto Gil.

Ducharne ordenó el repliegue de Sixto Gil y juntos ocuparon los linderos de la sabana de Teresén, al tiempo que despachaban la carga, los heridos y algún armamento a la zona de Punceres. Las tropas de Volcán entraron a la sabana de Teresén y fueron recibidos por el fuego de 130 carabinas, produciéndose muchísimas bajas entre muertos y heridos. Entre los muertos estaba un hermano del general Volcán, quien, por cierto, no acompañó a su tropa; se había quedado en el pueblo.

El desenlace de la batalla de Caripito fue un desastre para las fuerzas de la dictadura. Los revolucionarios capturaron más de 200 fusiles y miles de cartuchos, y de inmediato evacuaron el botín hacia la zona de Punceres en previsión de un nuevo ataque, que nunca se produjo. Ducharne destacó nuevamente a Sixto Gil y sus hombres hacia Caripito, con la orden de quedar en retaguardia.

En el camino, Gil encontró soldados muertos y fusiles abandonados; al llegar a Caripito y no encontrar resistencia, se impuso de la derrota del enemigo. Allí se enteró de que el general Volcán se había embarcado en el crucero *General Salom*, partiendo en fuga precipitada. Cuentan que, una vez a bordo, Volcán trató de responsabilizar a un teniente de apellido Montilla de la derrota sufrida y

en un improvisado consejo de guerra le condenó al fusilamiento, pero la decidida intervención del comandante del buque impidió el crimen.

Sixto Gil se retiró, alcanzó a Ducharne y le informó de la resonante victoria que habían obtenido. Si la batalla de Caripito reportó cuantiosos recursos materiales a la Revolución (más de 200 fusiles y miles de cartuchos), donde esta obtuvo su mayor beneficio fue en los órdenes moral y político. Los jefes revolucionarios se consolidaron ante la tropa como tales y el espíritu victorioso de la Revolución se elevó a niveles insospechados.

La noticia de la aplastante victoria sobre las tropas de Gómez se propala en forma inusitada por todo el oriente venezolano, donde ahora pueblo y guerrilla respiran un mismo aliento de acción y victoria. Ducharne se proyecta como jefe militar y Sixto Gil, por su audacia y arrojo en la batalla, comienza a perfilarse como una leyenda en el oriente venezolano.

Las fuerzas de la Revolución, ahora moralizadas y fortalecidas, con la autoridad de sus jefes bien reconocida por el pueblo oriental, tendrán que batallar en lo sucesivo contra las de la dictadura que, destruidas y avergonzadas, huyen precipitadamente.

Una vez en Punceres y luego de hecho el balance de la batalla, el general Ducharne, en medio de los vítores de la tropa, asciende a Sixto Gil al grado de coronel, por su valiente y decidida acción en la batalla.

Luego de los sucesos de Caripito, la tropa de la Revolución llega a 350 hombres armados y una reserva de 300 más.

Un cerco a la guerrilla

El general Gómez, ya preocupado por las derrotas de sus tropas en oriente, ordenó a los generales Elbano Mibelli, presidente del estado Monagas, y a José de Jesús Gabaldón, una gran operación en la que participarían 2.000 hombres y varios buques de la Armada, a fin de liquidar las guerrillas comandadas por Horacio Ducharne.

Desde Maturín, a comienzos de octubre –pocos días después de los sucesos de Caripito–, Mibelli, quien ha sido informado de que Ducharne y Gil podrían estar asentados en la región de Punceres, parte para la zona, pero en el camino es informado de la derrota sufrida por las tropas de Volcán y regresa a Maturín, donde espera noticias.

Allí la tropa del gobierno hace ejercicios de tiro. En la práctica pudo comprobar el pésimo estado de la munición de que disponía –los cartuchos no explotaban– e informó a Gómez de ello, solicitándole cartuchos nuevos, pero estos nunca le fueron enviados o, por lo menos, no le llegaron. Este detalle llegó a oídos de Sixto Gil, quien de inmediato propuso a Ducharne avanzar sobre Maturín, habida cuenta de la próxima llegada del general Gabaldón con mil hombres y artillería de montaña.

Los rebeldes emprendieron la marcha hacia Maturín y el 27 de octubre se estacionaron en la sabana de Pararí, distante unos cinco kilómetros al este de la ciudad, a la derecha del cauce del río Guarapiche, sobre el camino que conduce al caño Colorado, sede de la aduana atacada en septiembre.

De acuerdo con el relato de Rescaniere, Mibelli se propuso sorprender a los rebeldes y destacó al general Volcán con 200

hombres para que hiciera contacto con las fuerzas revolucionarias, mientras él trataba de atacarlos por el flanco derecho. Pero Volcán no hizo contacto con las fuerzas y Mibelli, quien no lo esperaba, choca de frente con el grueso de los rebeldes, quedando disperso. Como puede, ordena retirada y logra huir combatiendo hasta Maturín, donde ya se encontraba Volcán, quien se había replegado sin pelear.

El costo de una mala decisión

Sixto Gil propuso a Ducharne perseguir a las tropas de Mibelli y entrar tras ellas a Maturín, para impedirles organizarse defensivamente, y poder tomar la ciudad. Ducharne se opuso y, por el contrario, ordenó sitiar la ciudad para esperar la rendición de Mibelli.

Menospreciando al presidente del estado Monagas, Ducharne le envió una carta al estilo caballeresco, conminándolo a rendirse y entregar la ciudad. Con el mismo estilo, Mibelli, quien había tenido tiempo de fortalecer la defensa en varios puntos claves de la entrada este de Maturín, lo invitó a tomarla.

El sitio de Maturín duró 33 horas y, en la práctica, constituyó una severa derrota para las fuerzas de la Revolución, que sufrieron un tremendo descalabro con la pérdida de cantidad de hombres, entre muertos y heridos, así como de armas, munición y pertrechos. Este resultado marcó un punto de inflexión en el destino de la Revolución y de allí en adelante el proyecto, huérfano político –que ya había perdido su conexión política en el exterior–, entra en verdadero declive.

Buena parte de la tropa, descorazonada y herida, abandona la lucha y los rebeldes deben replegarse, maltrechos, hacia la zona montañosa de Punceres. Sixto Gil no deja de repetirse que si las cosas se hubiesen hecho como él las planteó, otro gallo cantaría. El error del general Ducharne en el sitio de Maturín debió abrir una brecha en las relaciones y en la confianza entre estos dos hombres.

Perdidos los contactos con el exterior, el movimiento que se ha ganado la fe y la confianza del pueblo depende de sí mismo, de sus logros y victorias para crecer, pero equivocaciones como la del

sitio de Maturín atentan contra lo que hasta ahora se ha obtenido. Todo lo logrado en el triunfo de Caripito se perdió en el sitio de Maturín.

El gobierno puede soportar muchas derrotas, la guerrilla revolucionaria no. Una sola derrota puede comprometer la vida de los insurgentes y el destino de la guerra.

Gabaldón persigue

Advertido de las pérdidas sufridas por la fuerza revolucionaria en Maturín, el general Gabaldón emprende de inmediato su persecución con rumbo a la región de Punceres. La retaguardia de los insurgentes divisa la vanguardia de las tropas de Gabaldón a dos kilómetros de distancia, y se internan en las montañas de Caripe, rumbo a las selvas de La Palencia, pasando en su camino por las poblaciones de Guanaguana, San Francisco, Caripe y El Guácharo.

El general Doroteo Flores comanda la avanzada de las tropas del gobierno. Luego de pasar por Caripe, Ducharne resolvió esperar el frente del enemigo en el sitio conocido como Juajuillal, un angosto paraje de descenso y ascenso repentino y abrupto, y ordenó a Sixto Gil que continuara la marcha en retirada. Los hombres de Doroteo Flores entraron en el cruce de la quebrada Juajuillal y cuando se hallaban amontonados para empezar el ascenso, recibieron sucesivas descargas de la retaguardia de la Revolución. Por tres horas se prolongó el combate, hasta que las fuerzas del gobierno emprendieron la retirada.

Era la única alternativa que les quedaba, pues la noche estaba cerca y el margen que dejaba la ocasión era solo para salvar el pellejo. En la creencia de que los revolucionarios se dirigían hacia las costas de Paria, Gabaldón se embarcó en Caripito con ese destino.

La columna guerrillera continuó la marcha toda la noche y al día siguiente, en horas de la tarde, llegó al caño San Miguel, tributario del río San Juan, donde se embarcó, y una vez en el San Juan remontaron la corriente, nuevamente, hasta el sitio de Pararé.

En este punto quedó Sixto Gil con unos 50 guerrilleros, mientras Ducharne, con otros, desandaba el camino hasta Yaguaraparo.

Su objetivo era recuperar los 25 fusiles y los cinco mil tiros que dejó en manos del oficial Quintero la noche del desembarco (tres meses atrás).

Recuperado el armamento, contramarchó hacia Pararé para encontrarse con el cuerpo al mando de Sixto Gil. El desplazamiento se efectuó sin más novedad que un ligero tiroteo cerca de El Pilar.

Una vez unificado el grupo, al que se le habían sumado unos veinte hombres, tomó rumbo nuevamente hacia la región de Punceres. El general Gómez estaba inquieto por los movimientos de la Revolución y ello explica la presión de los generales Gabaldón y Mibelli sobre los insurgentes.

Al amanecer del 19 de diciembre de 1914, las fuerzas revolucionarias llegan al hato Guayabal, en la margen izquierda del río Aragua, propiedad de Pancho Lara. En el sitio, Ducharne es informado de la aproximación del general Mibelli. Tras una rápida consulta con Sixto Gil, decide esperarlo y ordena a este ocupar un flanco de avanzada con 30 hombres, con el objetivo de atraer al enemigo hacia el punto de tiro del grueso de las fuerzas revolucionarias, ubicadas del otro lado del río.

Al mediodía, al llegar al río los exploradores de la vanguardia del gobierno recibieron los primeros disparos desde los nidos de tiradores montados por Sixto Gil. La fuerza enemiga inició su despliegue en el terreno mientras los hombres de Gil se replegaban hacia un lado del frente de la posición de Ducharne.

Los soldados del gobierno, a medida que iban entrando en la sabana frente al paso del río, iban cayendo bajo el fuego de la defensa, hasta que al fin se desbandaron. Sixto Gil ordenó al oficial Tiburcio López, alias “Pájaro Negro”, que con 30 hombres cerrara el paso a la retaguardia de los hombres de Mibelli, para cogerlos entre dos fuegos, pero la acción de López no fue lo suficientemente rápida y Mibelli pudo escapar a Maturín, librándose de una destrucción segura de haber tenido éxito la maniobra guerrillera.

Ducharne no quiso perseguir a Mibelli en su huida a Maturín; muy fresco estaba todavía lo ocurrido después de la victoria de Pararí y el desastre del sitio a aquella ciudad. Ordenó el repliegue hacia Punceres, con los pertrechos recuperados en Guayabal: una veintena de fusiles y cientos de cartuchos.

Entre tanto, el general Gabaldón, quien regresaba apresuradamente de las costas de Carúpano con su expedición, emprendió la persecución. En su asiento de Maracay, el Benemérito espera ansioso noticias de éxito sobre los insurgentes.

A los pocos días, en el sitio de El Mango, aldeaño al cerro del Corazón, Sixto Gil destroza la vanguardia de las tropas del gobierno, comandada por el coronel Orestes Federico Gabaldón, quien perdió la vida en el encuentro. Desmoralizadas y abatidas, las fuerzas oficiales regresan a Maturín, mientras la fuerza insurgente, en relativa tranquilidad, se refugia en Caicara de Maturín, donde se aprovisiona con pólvora, plomo y fulminantes, y recarga cartuchos.

Los llanos: una clara advertencia

Luego de dos días en Caicara, el general Ducharne, de nuevo en contra de la opinión de Sixto Gil, ordena marchar a la región de los llanos, al sur de Monagas, con el objetivo de conseguir caballos para sus hombres. La idea es ganar mayor movilidad y compensar la inferioridad numérica con la velocidad de movimientos, frente a un enemigo más poderoso.

El propósito luce conveniente, lo equivocado es la elección. La zona montañosa donde han venido operando les permite compensar la diferencia numérica con el enemigo, en una relación de 4 a 1, y las bestias para la gente de a pie se podían conseguir en la propia zona montañosa, con hacendados amigos de la Revolución. Ducharne se proponía obtenerlas de los hatos El Bombal, Santa Clara y Guara, ubicados en los llanos monaguenses, todos propiedad del general Gómez, menospreciando los riesgos que el terreno suponía para la Revolución.

La “Campaña del Sur”, como bien podríamos denominar este período, describe un arco geográfico al sur del estado Monagas, en el cual ocurren dos enfrentamientos armados: el combate de Temblador, cerca de la población de San Antonio de Tabasca; y el de Clavital, al norte, en dirección a Maturín. En ambos triunfan las fuerzas de la Revolución, pero en el primero resultó gravemente herido el general Ducharne al recibir dos tiros en el brazo izquierdo, que casi lo llevan a la muerte.

Una vez en cuenta de que las fuerzas revolucionarias se dirigen al sur, el general Gabaldón emprende de inmediato la persecución. Entre tanto, el administrador del hato Santa Clara –propiedad

del general Gómez—, un hombre de apellido Maica, recibe desde Maracay telegramas apremiantes de su jefe ordenándole organizar un cuerpo de infantería montada, con la guarnición militar que cuidaba el hato y con peones, para que cooperara con el general Gabaldón en la destrucción del “pequeño cuerpo revolucionario”. Gabaldón contaba con un batallón del ejército de 210 hombres al mando del coronel Leonidas Crespo, un militar respetado por su tropa.

Tras varios días de camino, las fuerzas de la Revolución se estacionaron en el hato El Rosario, propiedad de don Joaquín Molinos Palacios, donde les proporcionaron alimentos y provisiones varias.

El 26 de enero de 1915 el coronel Sixto Gil, con 25 hombres, partió de El Rosario hacia Uracoa, en el sur, con la misión de levantar una madrina de 100 caballos en el hato Bombonal, también propiedad de Gómez. El objetivo debía cumplirse sin pasar por la población de San Antonio de Tabasca, donde se hallaba Maica con 150 hombres. El resto de los insurgentes, al mando de Ducharne, se acercó inadvertidamente a Tabasca, sorprendió a la gente de Maica y abrió fuego. Maica y varios de sus hombres murieron.

Al escuchar el tiroteo, Sixto Gil volvió sobre sus pasos y capturó a decenas de desbandados de las fuerzas del gobierno; luego se reunió con el grupo de Ducharne y se impuso de la situación. De inmediato asumió el mando de las operaciones. Ducharne quedaba relevado de toda actividad hasta tanto sanara de las heridas en su brazo izquierdo. Lo primero que hizo fue determinar qué hacer con la salud de Ducharne y ordenó su traslado inmediato a San Antonio de Tabasca en busca de ayuda médica, pero no encontró nada. Hubo que tratarle las heridas con agua de limón hervida y luego se le colocaron improvisados vendajes. No era mucho, pero era lo que había.

Gil sabe que tiene al general Gabaldón a sus espaldas y que no puede perder tiempo. Pasa revista a la situación de sus fuerzas y a las circunstancias en las que se encuentra, y define dos objetivos inmediatos: salir de los llanos con el mayor número de combatientes

posible y conservarle la vida al general Ducharne. El mismo día de estos acontecimientos –26 de enero de 1915–, entrada la tarde, inicia el retorno hacia la región de Punceres, en lo que será quizá la mayor demostración de sus condiciones de estrategia militar y guerrillero.

La situación es crítica: lleva a “El Viejo” herido, tiene a las tropas del gobierno pisándole los talones, y su gente está extenuada y con hambre. Aún así, sin perder la serenidad y teniendo presente el objetivo que se propuso Ducharne cuando inició la “Campaña del Sur”, toma dos decisiones claves. La primera: escoge un cuerpo especial de sus hombres, siete en total, al mando del oficial Félix Mijares, y les asigna la misión de trasladar y llevar con vida al general Ducharne hasta el hato Clavital, en las cercanías de Maturín. La unidad, que funge de vanguardia, debía partir en el acto y así ocurrió.

La segunda: confió a un oficial de apellido Botabán, baquiano en la zona, la misión de reunir el mayor número de caballos que pudiera del hato Bombonal, del hierro “G”, que era la identificación del general Gómez y, por tanto, propiedad del dictador. Para ello dispone de 15 combatientes y 300 tiros, con la orden de integrarse al grueso de la tropa rebelde en Clavital, unos 30 kilómetros al norte en el rumbo de Maturín.

El general Gabaldón, con el propósito de impedir la huida de las fuerzas revolucionarias, ocupó varios pasos del morichal Temblador, que se interpone entre Tabasca, al sur; y los caminos que conducen por los llanos a Maturín y a las montañas de Punceres, al norte. Cerca de la medianoche, la vanguardia de la guerrilla es recibida a tiros desde la margen opuesta en el paso de Los Aceites.

El fuego es respondido y la escaramuza se prolonga por media hora. Al escuchar los disparos, el contingente del gobierno que cuidaba el paso de El Burro, situado unos kilómetros más abajo, abandonó su posición y se dirigió a reforzar el puesto de Los Aceites. Atento a este movimiento, Sixto Gil aprovechó la oportunidad para cruzar con su gente por el paso de El Burro y ganar

apresuradamente los caminos hacia el norte. La marcha continuó sin descanso esa noche y todo el día siguiente. Las heridas de Ducharne habían empeorado con la marcha forzada.

Cruzaron en curiaras el río El Tigre y las hundieron al terminar de pasar. Agonizando el día llegaron al hato Clavital.

Combate de Clavital

La vanguardia que conducía Félix Mijares, que tuvo que pasar el morichal más arriba del paso de Los Aceites, había llegado pocas horas antes. Bajaron a Ducharne de la mula y le lavaron las heridas con agua de limón hervida y las cubrieron con las mismas vendas improvisadas en Tabasca.

El grueso de la guerrilla, sin el peso del general Ducharne herido, hizo un recorrido más largo, pero con mayor velocidad en el desplazamiento. Sixto Gil advirtió que estando consciente de la situación de las fuerzas revolucionarias, el general Gabaldón atacaría esa misma noche.

El hambre y la fatiga se ensañaban con la tropa y el desaliento y la desmoralización se asomaron por el sitio, pero con amenazas de fusilamiento y apelando al valor y entereza de varios voluntarios, Gil organizó un grupo de tiradores al mando de Félix Mijares, que emplazó a poco menos de un kilómetro, en el camino proveniente de El Tigre, por donde aparecería el enemigo.

En su persecución, Gabaldón no daba respiro. Sabía de la situación de Ducharne, de las condiciones de las fuerzas revolucionarias y lo que significaría liquidar a ese grupo guerrillero que tantos dolores de cabeza venía dando al general Gómez. Le parecía que el fin de la contienda estaba cerca y que él cargaría con el mérito de eliminar al grupo de insurgentes.

Para eso dispuso, exclusivamente, del batallón de soldados regulares que comandaba el coronel Leonidas Crespo, dejando en la retaguardia a las tropas colecticias. Pero Sixto Gil no se había equivocado: cerca de la medianoche, el grueso de la vanguardia de

la fuerza enemiga cayó bajo el fuego cruzado del puesto de combate revolucionario, que había ubicado a sus tiradores a ambos lados del camino. Uno de los primeros muertos de las tropas del gobierno fue el propio coronel Leonidas Crespo.

Los soldados del gobierno, presas del miedo, en la oscuridad, iniciaron un tiroteo alocado, pues se creían atacados por todos lados. Al escuchar el tronar de los fusiles, el coronel Sixto Gil emplazó al resto de sus hombres en los horcones de corazón de madera de los corrales del hato, mientras el puesto de combate que dirigía Mijares se replegaba despejando el frente. Las fuerzas del gobierno que pudieron avanzar chocaron con este segundo frente, sufriendo nuevas bajas, y voltearon en aparatosa retirada.

A varios kilómetros de distancia, rumbo norte, un grupo de siete jinetes escucha el ruido de la refriega: es la custodia de “El Viejo”, que lo lleva a sitio seguro por el paso de El Tamarindo. Sixto Gil cortó el combate y se retiró en la dirección acordada, evitando los pasos de Guanipa, Mapirito y Amana, que sabía ocupados por contingentes del general Doroteo Flores.

Por su parte, un frustrado general Gabaldón pasó el día siguiente enterrando muertos, curando heridos y reorganizando la tropa. Tenía muchas bajas, entre ellas dos bien importantes: el coronel Crespo, muerto, y el coronel Conde García, gravemente herido.

Gil sabe de los estragos causados a las tropas del gobierno y aprovecha las circunstancias para apurar el paso rumbo a las montañas de Punceres. Cerca de las selvas de El Zamuro se detiene en el hato El Camarón, propiedad de Agustín León. Las heridas de “El Viejo” necesitan atención y se aprovecha el tiempo que utiliza el gobierno para recomponer sus fuerzas. En El Camarón, Ducharne mejora rápidamente de sus heridas.

Gabaldón, que ha perdido contacto con el enemigo, en la vía de Maturín es informado de su paradero y de inmediato envió un destacamento para interponerse entre los insurgentes y las selvas de El Zamuro: el paso que les permitirá ganar la zona de Punceres o la salida a Caripito. Voces del pueblo informan el movimiento de

las tropas destacadas por el general Gabaldón y el coronel Sixto Gil dispuso la retirada por una pica que permite atravesar las selvas de El Zamuro y que conduce a la sabana de Cachipo.

Combate de Los Mangos Amarillos

En la vía hacia Cachipo, en el sitio de Los Mangos Amarillos, Ducharne –ya bastante repuesto– y Gil convienen en emboscarse y esperar al destacamento del gobierno. Esto ocurre a unos 20 kilómetros al noreste de Maturín.

Al asomar los exploradores del gobierno por el camino opuesto a El Mangozal, se abrió fuego sobre ellos, produciéndoles las primeras bajas. La tropa del gobierno respondió el fuego parapetada en el monte, pero después de tres horas de combate se retiró a Maturín. Hubo bajas de ambos lados, siendo la más sensible para las fuerzas revolucionarias la de Tiburcio López, conocido como “Pájaro Negro”, uno de los jefes militares más aguerridos entre los rebeldes.

El general Ducharne ordenó retirada y siguió los pasos de Sixto Gil y su grupo, que se había adelantado por la selva de El Zamuro, rumbo a la sabana de Cachipo, donde el grueso de la tropa revolucionaria llegó cerca de la medianoche. Refugiadas en las selvas de El Zamuro y libres por un tiempo del acoso del gobierno, las huestes revolucionarias lograron recuperarse. El general Ducharne se restableció plenamente de sus heridas y hubo descanso, comida y sosiego para la tropa. Sixto Gil había logrado los objetivos que se planteara en Tabasca: la fuerzas guerrilleras estaban firmes y el general Ducharne restablecido.

Sin embargo, detrás de las circunstancias de calma avanzaba aceleradamente un proceso de ruptura definitiva en el seno de las filas revolucionarias. El descanso momentáneo empujaba a los hombres en armas a hacer el necesario balance de lo logrado hasta

ahora, de las circunstancias y perspectivas del futuro inmediato para todos, y el recuento de las vidas personales, el destino de las familias y la incógnita del mañana. Para dos de ellos, la angustiosa reflexión sobre las reales perspectivas de la campaña, sin contacto regular ni apoyo efectivo desde el extranjero.

Han transcurrido poco más de diez meses desde el desembarco en Yaguaraparo y, a pesar de que en todo ese tiempo solo podía hablarse de un revés: el sitio a la ciudad de Maturín, parecía que la lucha no podía continuar en la orfandad política y sin apoyo logístico desde el exterior.

La separación

Al anochecer del 17 de abril de 1915, un incidente altera la relativa tranquilidad del campamento. Ducharne manda llamar a Sixto Gil a su “rancho” —como llamaban el sitio donde cada quien, dentro del campamento, se aposta para dormir—. Toda la atención del campamento se concentra en lo que está por venir. Las miradas recorren expectantes la distancia que separa a los dos hombres.

Gil, severo y disciplinado, intuye de lo que se trata. De forma incomprensible, el general Ducharne en varias ocasiones ha replanteado su interés en regresar a los llanos, zona donde apenas dos meses antes casi pierde la vida. El tema es motivo de desacuerdo entre ambos. Dos de los hombres más cercanos a Gil se levantan para acompañarlo, pero una señal les ordena quedarse. Son unos 45 metros, que el coronel traspone serenamente:

—Usted dirá, mi general.

—Coronel, lo he mandado a llamar para comunicarle mis planes inmediatos.

—Sí, señor.

—Gil, he llegado a la conclusión de que debo volver a los llanos, principalmente para recuperar las armas que tiene Botabán, ¿sabe?

—Umjé...

—Y con eso abrir operaciones al sur para dividir las fuerzas del gobierno, que concentrará todo su empeño aquí, en un solo punto contra nosotros; y como le he dicho a usted en varias ocasiones: eso no nos conviene.

“El Viejo” hace una pausa mientras sale del chinchorro y añade:

—Me llevo a Mijares y a 25 de sus hombres. Pienso partir pasado mañana al amanecer.

—¿Y la munición? —inquire Gil.

—Lo que se pueda, la que se pueda, coronel.

Mentalmente, Sixto Gil pasa revista al parque de la guerrilla, que él mismo controla estrictamente y sabe que pueden ser 5 o 6 tiros para cada hombre, no más. Ducharne parece esperar la aprobación de su hombre de confianza, pero sabe que el coronel está opuesto a esa operación, tal como lo estuvo cuando la planteó y ejecutó por primera vez hace unos tres meses. En aquella aventura casi pierde la vida, si Gil no lo saca del atolladero y lo trae nuevamente a las montañas del norte.

Mientras se retira, Sixto Gil lanza una frase mordaz e irreverente que rompe instantes de silencio imposible:

—Lo que nos faltaba para ser más fuertes, partírnos en dos.

Para los testigos quedó la conjetura de si Ducharne escuchó o no la respuesta de Sixto Gil. Unos dicen que siempre tuvo mala oreja, otros que fingió no escuchar. Gil, enérgico, ordena a “Pata e’ Cachipo” —responsable de las municiones— que le entregue la dotación a Félix Mijares, y se dirige visiblemente contrariado a su rancho. Sabe que desde este momento la Revolución está condenada.

Lo que podrían hacer juntos contra una tropa sin moral y con jefes carentes de respeto es mucho, pero “partidos en dos” muy poco. A cada paso se adentra también en una realidad que todo jefe militar rechaza de plano: perder la guerra por equivocaciones y errores propios y no por el poder del enemigo. Su espíritu se rebela contra esa posibilidad, máxime cuando en el terreno ha demostrado que el ejército gomecista es derrotable, que tiene mandos corruptos e incapaces y que el pueblo oriental respalda la rebelión.

Sabe que Ducharne tiene los días contados porque no cambiará su determinación de bajar a los llanos. Sabe, también, que la guerra está viva y que muy pronto el enemigo arremeterá con más

fuerza hasta aniquilarlos. Lo que de aquí en adelante se haga será más por salvar la vida que por derrotar al régimen.

La causa y la sobrevivencia se disputan la preferencia en cada acción, en cada combate. ¿Cómo desmontar la posibilidad de triunfo, forjada a punta de coraje y victorias, que el pueblo oriental apoya? ¿Cómo descomponer las piezas del sueño de libertades forjado en el carácter y heroísmo de soldados del pueblo, sin caer en la vergüenza y en la humillación?

El coronel parece haberle confiado las respuestas a la oscuridad de la noche. De todas formas, hay muchas cosas en qué pensar y decide esperar la mañana para ordenarlas y enfrentarlas.

Ducharne y los llanos de nuevo

En su segunda incursión en los llanos, Ducharne sorprende, cerca de Caicara de Maturín, a una patrulla enemiga, incautándole las armas y los tiros. Posteriormente, enfrenta y derrota a un destacamento del gobierno al mando del oficial Armando Fernández, capturando cuarenta fusiles y mil cartuchos.

Animado, “El Viejo” prosigue marcha hacia los llanos del sur de Monagas, donde no encontrará jamás al oficial Botabán ni las armas que meses atrás le fueron confiadas. Ese oficial, abandonado a sus propias posibilidades, debió dispersar a sus hombres y disponer del armamento que le fue confiado; o tal vez, peor, fue capturado o muerto por las tropas del gobierno.

Sitio inexpugnable

Tras la separación de Ducharne, Sixto Gil se orienta por lo seguro

... ocupa el sitio de Los Tres Cerros, ubicado en la serranía de Punceres, formado por estribaciones que corren de norte a sur, que constituyen un territorio cortado en todos los sentidos, de donde surgen intrincadas selvas, hendiduras y profundos barrancos, recorridos por las aguas de los ríos Punceres, Aragua, Orocuai, Corcovao, Quiriquire, y varias quebradas. Un sitio ideal para la guerra de guerrillas,

de acuerdo con la descripción de Rescaniere¹¹.

El general Rugeles, ahora presidente del estado Monagas, ordena repetidas acciones contra el punto de Los Tres Cerros, pero todas terminan sin resultados positivos. Los soldados al mando de los coroneles de la dictadura, Rugeles y Olivo, toman posiciones e inician disparos hacia la cresta visible del campamento y no reciben respuesta. Esta se produce solo y en forma letal, si los agresores tratan de ascender hacia el campamento guerrillero. De esta forma transcurren los días de asedio al punto.

11 Teniente coronel Alejandro Rescaniere. *Guerra de Guerrillas. Campaña del general Horacio Ducharne en Oriente*. 1914-1915, Ávila Gráfica, Caracas: 1951.

La sorpresa de Maturín

El día 7 de mayo de 1915, sin embargo, va a ocurrir un hecho que hará saltar por los aires la monótona rutina del asedio a Los Tres Cerros y que, a su vez, quedará inscrito en los anales de la guerrilla venezolana como una de las operaciones más audaces y mejor ejecutadas.

Sixto Gil, oportunamente informado de que los coroneles gomecistas partirán desde Maturín nuevamente hacia Los Tres Cerros, pone en ejecución un plan concebido días antes. El objetivo es liberar a 28 presos revolucionarios que están en la cárcel de Maturín, aprovechando que la guarnición de la ciudad queda debilitada cuando las tropas de ambos coroneles se dirigen a Los Tres Cerros.

Evitando sitios poblados y contactos con las fuerzas del gobierno, Sixto Gil sale de Los Tres Cerros rumbo a Maturín antes de despuntar el alba. El plan es entrar a Maturín por el oeste. Cerca de las 12 del mediodía el coronel Sixto Gil hizo su entrada a la capital del estado Monagas por la zona oeste, sin disparar un tiro, en formación de marcha y en columnas de a dos, hacia la cárcel.

Al oficial Mauricio Zerpa, apodado “El Tigre Encaramao”, se le encomendó la misión de vigilar la plaza Bolívar y evitar reacciones adversas mientras se tomaba la prisión. La tropa guerrillera, sin uniforme, al igual que la del gobierno, en un principio fue tomada como fuerza aliada por la guardia de la cárcel.

La voz de alto fue respondida con una descarga de fusiles. La prisión fue tomada de inmediato, desarmada la guardia y liberados los presos: 28 revolucionarios, entre quienes figuraba el general

Telésforo Belisario y sus hijos. Sixto Gil tenía claro su objetivo: tomar la cárcel, liberar a los presos y desaparecer.

Al finalizar la operación ordenó la retirada, pero un tirador enemigo trata de hacer blanco en su persona desde el campanario de la catedral. “Pata e’ Cachipo”, su espaldero, le informó que el tirador estaba oculto en el campanario. El coronel le pidió el fusil a su hombre de confianza, buscó un punto de tiro, esperó unos minutos y, cuando el hombre asomó nuevamente, con disparo certero lo bajó del campanario. El hombre resultó ser Matías Cañas, oriundo de Tucupita, primo de su mujer, doña Eugenia Romero.

En la operación también perdió la vida el valioso oficial Mauricio Zerpa, “El Tigre Encaramao”, pues un disparo proveniente de unas instalaciones guarnecidas del enemigo, en el área de la plaza Bolívar, donde estaba refugiado el general Rugeles, le partió el corazón.

Cumplida la misión, Gil ordenó retirada, llevándose a sus compañeros liberados.

Esta brillante acción –dice Rescaniere– consagró a Sixto Gil como general ante la historia. Mayores credenciales no las tenían los generales del gobierno, a quienes había hecho frente con ventajas en la proporción de 4 contra 1. En menos de tres horas, a la cabeza de un puñado de hombres, había realizado con gran audacia y precisión una operación sorprendente. Si hubiera dispuesto de mayores efectivos, hubiera ocupado la ciudad, tomado prisionero al presidente del Estado con todo su tren de gobierno y, una vez desacreditado el general Rugeles, ante su jefe, el general Gómez lo hubiera relevado del mando¹².

La columna revolucionaria regresó a la mesa de Sevilla –Los Tres Cerros– evitando hacer contacto con la tropa del gobierno, que contramarchaba precipitadamente hacia Maturín.

12 Rescaniere, *op. cit.*, p. 140.

Sixto Gil tuvo, quizá, la posibilidad de emboscar a las tropas oficiales que bajaban desde Los Tres Cerros hacia Maturín, pero prefirió regresar por donde vino, lejos del camino oficial, para evitar contratiempos en la escapada. La misión había sido cumplida.

Festejo en el campamento

Ya entrada la noche, la vanguardia de la columna victoriosa al mando del oficial Vicente Brito llegó al campamento con las armas en alto y gritando: “¡Liberamos a los presos, carajo, liberamos a los presos!”, e informaron del éxito de la operación. El anuncio produjo un estallido de alegría que el mismo Brito atajó:

—Bueno, bueno, rapidito que aquí mismo viene la gente.

Al poco rato entraron dos jinetes y tras ellos Sixto Gil. Un poco más atrás el general Telésforo Belisario con el cuerpo de la columna y minutos después el grupo de la retaguardia. El alborozo se adueñó del campamento y, apenas el general Telésforo Belisario puso pie en tierra, levantó su mano derecha y pidió atención. Se hizo silencio y dijo:

—Hoy hemos sido testigos y partícipes de una verdadera hazaña militar: la toma de la cárcel de Maturín y la liberación de los presos por parte de las tropas del general Sixto Gil. La historia la recordará como una de las acciones más audaces de nuestra Revolución. ¡Viva mi amigo el general Sixto Gil! ¡Que vivan sus valientes soldados!

Gil, severo y atento, pidió a todos recordar al “Tigre Encaramao” (Mauricio Zerpa), caído en combate cumpliendo su deber.

De inmediato dispuso que se atendiese lo mejor posible a los huéspedes, unos 18 hombres de los liberados, porque diez se quedaron en diferentes puntos del camino, buscando rápidos contactos con sus familias y sus zonas de origen.

El éxito de la operación, paradójicamente, complicaba las cosas. El general Rugeles, burlado en su condición de jefe militar e increpado desde Maracay por el general Gómez, organizaba sus fuerzas para salir en persecución, a muerte, de los rebeldes.

Sixto Gil, consciente de las condiciones en que se presentaría la lucha a futuro, debía disponer de una salida inmediata del general Telésforo Belisario y sus hijos, así como de todos los liberados presentes en el campamento.

Esa misma noche encomendó al oficial Presentación Palomo la misión de sacarlos de madrugada por la vertiente oeste de Los Tres Cerros, vía Caripito, buscando la posibilidad de que se embarcasen hacia Trinidad. A cada quien le nombró un padrino, encargado de sacarlo con bien hacia su destino.

Belisario, súbitamente libre por una operación increíble y ávido de información, no salía de su asombro. No podía creer que estuviese libre cuando, horas antes en la cárcel, su futuro seguro era la muerte.

—Mi general, ¿y Ducharne? —preguntó mientras comían.

—Mi amigo, el hombre se fue para los llanos. Su decisión no solo lo pone en riesgo permanente, sino que dividió nuestras fuerzas frente a un enemigo mucho más fuerte.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Por lo pronto, protegernos en estas montañas y esperar.

—¿Esperar qué? —preguntó Belisario.

—Cómo se presentan las cosas en los próximos días y tomar la decisión que haya que tomar.

Persecución final

La liberación de los presos de la cárcel de Maturín colmó la paciencia del general Gómez en Maracay, quien ordenó al general Rugeles, humillado por la acción de Sixto Gil, resultados concretos en la lucha contra las fuerzas guerrilleras.

Rugeles debió evaluar la situación y ubicado ante dos frentes de combate: el de Sixto Gil –audaz y relancino, inexpugnable en Los Tres Cerros– y el del general Ducharne –corriendo por los llanos del sur–, optó por perseguir a este, impuesto de sus condiciones físicas y materiales. Al mando de 200 hombres inició una persecución sin tregua, cuyo objetivo era darle una satisfacción al general Gómez y reivindicarse militarmente.

Cuenta Rescaniere que días antes “El Viejo” se detuvo en el hato de don Rafael Núñez Sucre para abastecerse de algunos alimentos. Sus hombres encerraron unos 50 caballos para sustituir las agotadas bestias que montaban, pero cuando Ducharne se enteró de esto mandó soltar el encierro y dijo que cuando no pudieran seguir a caballo continuarían a pie. La orden fue cumplida.

Dice el autor de *Guerra de guerrillas* que Núñez trató de convencer a Ducharne para que dispersara sus fuerzas y escapara a Trinidad, pero fue inútil. Ducharne continuó su marcha y se detuvo el 19 de agosto en el hato de Joaquín Plaz, quien le ofreció un rancho a poca distancia, en el sitio conocido como Rabanal, donde al menos podrían descansar.

Fue allí donde lo sorprendió Rugeles, quien lo perseguía a marcha forzada. Dicen que el gobierno llegó al sitio y no consiguió ni un centinela. Siendo cerca de la medianoche, Rugeles ordenó

abrir fuego sobre la precaria construcción y no hubo respuesta. Todos dormían. Cuentan que Ducharne cayó al suelo con una pierna quebrada y trató de hacerse el muerto, boca abajo en el suelo, pero fue identificado por alguien.

Rugeles habló a solas con él una media hora y luego, sin vacilación y a sangre fría, lo mandó matar con Juan Manuel Olivo, un oficial de su confianza. El cadáver de Ducharne fue vejado y su barba blanca sacada a cuchillo y exhibida en Maturín como un trofeo de guerra. Rugeles se reivindicaba. Ya tenía una buena noticia que dar al general Gómez. Había eliminado en combate al jefe máximo de la guerrilla oriental.

Los Tres Cerros

Como propagada por el viento, la noticia de la muerte de Ducharne se supo el mismo 22 de agosto en el campamento de Los Tres Cerros. Gumersinda, la hija de “Pájaro Negro”, muerto en el combate de Los Mangos Amarillos, la oyó en Chaguaramal mientras buscaba sal e información para el campamento. Enseguida, acompañada de otras dos mujeres, regresó a Los Tres Cerros con la infausta noticia:

—General, general, dicen en Chaguaramal que la gente de Rugeles mató al “Viejo” en los llanos, en un punto que llaman Rabanal.

Como herido en el alma, Gil se levantó del taburete donde aceitaba su revólver y preguntó:

—¿Cuándo, cuándo?

—Hace dos o tres días, a según cuentan. Y que le quitaron la barba con un cuchillo y la mostraron en Maturín.

—¿Pero cómo fue la cosa? ¿Fue en combate? —inquiría Gil, adolorido.

Las mujeres se vieron las caras y Gumersinda apuntó:

—Dicen que los sorprendieron a medianoche y los agarraron dormíos, mi general.

—¿Cómo sería esa vaina? —preguntó a quien pudiera responderle, y exclamó:

—¡Tanto que se lo dije, carajo, tanto que se lo dije!

El fin de la guerra

La muerte de Ducharne pone fin a la pretensión libertaria que se había iniciado diez meses atrás. Concluye casi un año de acción militar que registró, a pesar de algunos errores tácticos, 17 combates victoriosos y una sola derrota militar: el sitio de Maturín.

Sixto Gil, consciente de que el general Rugeles –reivindicado ante Gómez con el asesinato de Horacio Ducharne– la emprenderá con todos los medios disponibles contra el refugio de Los Tres Cerros, pone en marcha un plan de fuga que contempla dos pasos claves.

El primero es la segura dispersión de su gente: 63 combatientes y 4 colaboradoras, objetivos claros de la represión gomecista, ahora envalentonada. En total, 67 efectivos fuera de él y sus cuatro hombres de seguridad. El segundo es el resguardo del parque excedentario, acumulado por la guerrilla bajo su mando.

Dispone primero la seguridad para las cuatro mujeres que apoyan el campamento. Serán evacuadas cada una en un grupo de combatientes. Todos los hombres conservarán las armas que utilizan y llevarán cinco tiros adicionales a los que ya poseen. Dejarán la montaña simultáneamente y de madrugada, al tercer día, aprovechando las lluvias y el mal tiempo reinante en ese mes de agosto. Queda a decisión de cada grupo cómo dispersarse hacia los centros poblados.

Gil reúne al campamento la noche del 27 de agosto e imparte las órdenes finales. Todos escuchan incrédulos y apesadumbrados la voz del líder que les hiciera sentirse orgullosos de combatir la

dictadura, quien en esta ocasión los exhorta a ser comedidos y estar alerta en el camino de regreso a la normalidad.

A los jefes de los cuatro grupos los responsabiliza del éxito de la tarea y, tras apretones de manos y abrazos, se despide de todos. En pocas horas, 67 combatientes iniciarán el regreso a sus vidas de humildes campesinos y pobladores de los villorrios orientales.

Todos bajarán de la montaña con sus historias, experiencias, recuerdos y miedos, acumulados en cada combate, en cada lance, en cada refriega y en cada victoria. Los anhelos de libertad y de justicia deberán dormir el sueño de los justos antes de empeñarse de nuevo por un futuro mejor.

El escape

Despejado el campamento, Gil dispone su salida de la zona de Los Tres Cerros. Con su gente de seguridad, en la mañana del 29 de junio encomendó a “Pata e’ Cachipo” ubicar un lugar, montaña arriba, donde enterrar el parque excedentario: 37 fusiles máuser. El material fue envuelto en tela engrasada y cubierto con hojas de plátano y palma, ubicado en “tumba de piedra” para asegurar su protección.

Solo Sixto Gil y sus cuatro hombres saben de este lugar, próximo a un algarrobo, donde, cualquier día la mano de la esperanza puede empuñar las armas, nuevamente, por la justicia y la libertad –el viejo Pablo Veracierta, de Aragua de Maturín, quien fuera peón de Sixto Gil en la hacienda La Montaña, a sus 85 años de edad contó al autor de estas líneas que en más de una ocasión Sixto Gil le dijo que tenían que buscar ese armamento.

Luego de esta tarea, y entrada la madrugada del 30 de agosto, los cinco hombres parten del lugar. El itinerario es Cumaná-isla de Margarita y se cumple sin contratiempos. Los viajeros se mueven afeitados y limpios, y pasan como gente de pueblo. Una vez en Margarita, tratan de definir alternativas de viaje hacia Trinidad, pero desde la isla se hace difícil porque el gobierno, en cuenta ya de la dispersión de la guerrilla, ha redoblado controles.

Gil decide entonces ejecutar la segunda opción que concibió para la fuga: con un amigo de la causa, dueño de un peñero, salen de Margarita una madrugada, a principios de septiembre, y arriban a una playa cercana a Carúpano. De aquí los cinco hombres cubren la ruta Carúpano, Cumaná, Guariquén, Guanoco.

Gil conoce esos caños como la palma de su mano y consigue que indios guaraúnos, de la zona de Guariquén, los trasladen hasta la isla de Trinidad en tres curiaras y en días diferentes. Con la ayuda de Crispín Gamboa, viejo amigo, se disfraza de indio; es el primero en partir.

Cada curiara tocará en un punto diferente de Trinidad y los cinco hombres, bajo acuerdo ya establecido, se encontrarán en un punto determinado de la isla, en fecha y hora preestablecidas también. Días después, un amanecer de los primeros días de septiembre, una curiara se detiene en las playas de Erín –un pequeño poblado pesquero del sur de la isla de Trinidad–, de donde desciende Sixto Gil.

Con sigilo y ropa adecuada, se mezcla con la población y emprende viaje a Puerto España. Lo primero que tiene en mente es localizar a la familia, que hace meses no sabe de ella. Debe desplazarse con mucha precaución porque el cónsul de Venezuela en Trinidad, Arístides Calvani, cumple bien su papel; mantiene informado al general Gómez del movimiento de los revolucionarios en la isla y los hostiga con las autoridades locales.

Gil conoce la isla y habla con fluidez el inglés.

Trinidad y las perspectivas

Una vez hallada la familia, el recién llegado busca contacto con “El Mocho” Hernández y el resto de revolucionarios que permanecen activos en Trinidad. Corren tiempos adversos para la lucha contra la dictadura y los esfuerzos parecen desvanecerse, ante la carencia de recursos y la imposibilidad de mantener activa la resistencia militar en el país; mientras la dictadura, con mano de hierro, reprime toda expresión de disenso.

Una anécdota conservada por su familia, que habla del carácter y la determinación con la que actuaba Sixto Gil, cuenta que poco antes de cumplir un año de haber arribado a Trinidad se topó de frente con el cónsul Calvani, en una calle de Puerto España.

Los hombres se conocían y cruzaron palabras que fueron sufriendo de tono, hasta el punto de que Gil, con el fuste que siempre cargaba en su manos y con el cual daba permanentemente toques a sus botas de baqueta, le propinó dos cuerazos a Calvani. El altercado atrajo la atención de los transeúntes y de algunos policías, quienes trasladaron a los involucrados a una comisaría cercana donde, luego de esclarecer los hechos, impusieron a Gil una multa de seis libras. Este, muy calmadamente, sacó de un bolsillo varios billetes, puso doce libras en la mesa, tomó el fuste y con gran velocidad le dio otros dos cuerazos a Calvani.

Nuevos derroteros

Las perspectivas de la lucha contra la dictadura eran era cada vez más sombrías. La falta de recursos, lo difícil de la coordinación con los alzados y el cansancio, mellaron el alma de los revolucionarios.

Sixto Gil habría permanecido en Trinidad hasta 1919, de donde en fecha incierta partió hacia Guyana. Allí se dedicó a la compra y venta de madera y se sabe que luego comerció ganado entre Boa Vista, en Brasil, y Demerara, capital de Guyana, hoy Georgetown. Sus pasos se pierden en esas selvas y en abril de 1923 conoce, en territorio guyanés, a Lucas Fernández Peña, venezolano, fundador de Santa Elena de Uairén, quien así lo asienta en sus memorias.

Gil –según cuenta Fernández Peña– enfrentó la penetración evangélica en territorio venezolano, que promovía Inglaterra en su afán por consolidar su presencia en la región que aspiraba poseer: la zona del Esequibo; objetivo que el actual Gobierno de Guyana también se ha propuesto.

Relata Fernández que en una ocasión, cuando en territorio venezolano acompañaba a Sixto Gil –quien había traspuesto la frontera con Brasil–, se detuvieron en un caserío indígena donde un pastor anglicano impartía clases. En una rudimentaria pizarra, el pastor dibujó el número uno e insistía en la pronunciación del número: “¡One!, ¡one!, ¡one!, que en inglés es ¡uan!, ¡uan!, ¡uan!

Gil se presentó en la improvisada aula de clases, saludó a los presentes y procedió a borrar el número, diciéndoles a los alumnos:

—No se dice: ¡Juan! ¡Juan! ¡Juan!, se dice: ¡Uno! ¡Uno! ¡Uno!
Y lo escribió en la pizarra.

La penetración de los ingleses era sostenida y Sixto Gil, con algunos hombres, los mantenían a raya, pero en alguna ocasión tuvo que regresar precipitadamente a Brasil, porque las tropas de Gómez acudieron a la zona al enterarse de que el guerrillero estaba en territorio venezolano.

Cuando sean publicadas las memorias de Lucas Fernández Peña podremos conocer muchos detalles de la vida de Sixto Gil entre los años 1923 y 1935.

Muerto Juan Vicente Gómez en 1936, el presidente de la República, general Eleazar López Contreras, autorizó el regreso de Sixto Gil a la patria. Su hijo homónimo fue a buscarlo a la zona de Boa Vista, lo localizó y le dio la información de que había la disposición del gobierno de garantizarle todos sus derechos y acogerlo como un venezolano más.

A su regreso, López Contreras lo invitó al Palacio, donde le dio la bienvenida al país y le ofreció algún cargo público, que Gil, respetuosamente, rechazó. Posteriormente, Gil se radicó en Aragua de Maturín, Monagas, donde adquirió unas tierras en la margen oeste del río Aragua; allí fundó su hacienda La Montaña. También adquirió una casa en la esquina suroeste de la plaza Bolívar de esa población, que en 1986 la municipalidad derrumbó para construir en ese sitio la Prefectura del pueblo.

El general Sixto Gil murió en La Montaña un día de septiembre de 1954, de un ataque al corazón; y fue enterrado en el cementerio de Maturín, donde reposan sus restos.

Las hazañas de Sixto Gil

En oriente muchas son las leyendas que los viejos, aún hoy, cuentan sobre las andanzas de Sixto Gil. Su fama fue creciendo luego del triunfo que obtuvo sobre las tropas del general Rugeles en Caripito, quizá la más estrepitosa derrota de las tropas de Gómez a manos de las fuerzas guerrilleras en el curso de esa campaña.

Otro hecho sin parangón en los anales de la guerra de guerrillas en Venezuela fue la “Sorpresa de Maturín”, el 7 de mayo de 1915, fecha en que Sixto Gil, atrincherado en Los Tres Cerros – al noreste de esa capital, un sitio inexpugnable–, abandona el área durante la noche, amparado en la oscuridad, y desciende con una columna de 80 hombres para dirigirse al oeste de la ciudad.

Al día siguiente, en horas del mediodía, entró a Maturín sin disparar un tiro. Envío una patrulla a la plaza Bolívar para distraer las fuerzas militares, mientras tomaba la cárcel y liberaba a los 28 presos del régimen que allí se encontraban, entre ellos el general Telésforo Belisario y sus hijos, y regresó nuevamente hacia Los Tres Cerros. La operación había durado tres horas y había sido ejecutada con total precisión.

Pero la mayor hazaña del general Sixto Gil es, a nuestro juicio, haber superado todas las emboscadas y obstáculos que le interpusieron los generales y fuerzas gomecistas en los distintos pasos del morichal El Temblador, cuando se propuso, en San Antonio de Tabasco, sacar de la zona al malherido general Ducharne y salir del atolladero donde se habían metido.

Las fuerzas de Gómez, comandadas por el general José de Jesús Gabaldón, ocuparon los diferentes pasos de Morichal hacia el

norte: Temblador, El Burro, Los Aceites; y las del general Doroteo Flores cubrían los pasos Guanipa, Mapirito, El Tamarindo y Amana, sobre el río del mismo nombre.

Sin embargo, Sixto Gil burló todas las previsiones de los jefes gomecistas. Cruzó el morichal El Temblador, ganó el camino al norte y se detuvo en el hato Clavital; allí enfrentó y desbarató las tropas del general Gabaldón, que lo perseguía a marcha forzada advertido de la situación del grupo, con Ducharne mal herido y la tropa hambrienta. Luego siguió hasta las montañas de Punceres, en cuyo camino batió de nuevo a las tropas gomecistas en el punto de Los Mangos Amarillos.

Estertores de la guerra

Una evidencia de que su estrategia para derrocar al general Gómez tenía carácter nacional y de que todavía, a mediados de 1915, el general José Manuel “El Mocho” Hernández está activo en el propósito de derrocar a Gómez, los confirma la entrada en acción del general Arévalo Cedeño, ubicado en las llanuras del alto Apure.

Hernández logra dotarlo con 87 fusiles y 10 mil tiros que había logrado ocultar con gente de su confianza en la región del Arauca, y le ordena marchar sobre Monagas. A finales de abril de 1915, Arévalo Cedeño parte con cerca de 100 hombres desde Caicara del Orinoco rumbo a Monagas, en busca de contacto con los rebeldes, pero fue un esfuerzo inútil, pues las fuerzas de la Revolución estaban dispersas con Ducharne muerto y Gil fuera del país. Todo había terminado para la revolución en el oriente del país.

Anexos

Mapa del itinerario de Ducharne



Yaguataparó, el 29 de agosto de 1914

2. Guanoco sirve de primer cuartel general de la guerrilla. Allí se organizó la tropa. El capitán Sixto Gil fue designado segundo al mando.

3. En el Pilar derrotan al General Fondeo y en el hato La Concepción, propiedad de Gómez General Paulino Torres. La guerrilla se hace de 14 caballos, fusiles y munición.

4. Tras derrotar a Fondeo y a Torres, la guerrilla se replegó hacia la población de Catuaro, desde donde emprenderá rumbo hacia Caripito.

5. Caripito registra la peor derrota de las tropas gomecistas a manos de la guerrilla. El encuentro deja decenas de muertos en las tropas del Gobierno, mientras que a los insurgentes: más de 200 fusiles, munición, aperos de guerra y una enorme victoria moral y política.

6. La guerrilla se refugia en las montañas de Punceres.

7. En Caicara de Maturín, las fuerzas rebeldes recomponen armamento, se apertrechan y emprenden la campaña del sur por los llanos de Monagas.

8. En el combate de Temblador, el General Duchame es herido de dos balazos en su brazo derecho.

9. En San Rafael de Tabasca, Duchame recibe una precaria atención médica.

10. En Clavital y tras burlar el asedio de las fuerzas gomecistas, Sixto Gil destroza las fuerzas del Gobierno comandadas por el General José de Jesús Cabaldón.

11. En las montañas de Punceres Duchame se repone de las heridas sufridas en el combate de Temblador y planea su nueva incursión en los llanos del sur de Monagas.

12. El 7 de Mayo de 1915, Sixto Gil, en una operación bautizada por la historia como "La sorpresa de Maturín", toma la ciudad, libera 28 presos revolucionarios y se retira nuevamente a sus campamentos en los Tres Cerros.

13. Rabanal: en este punto de los llanos de Monagas, la madrugada del 20 de Agosto de 1915 fue asesinado por orden del General Rugeles el General Horacio Duchame. Tenía 76 años de edad.



Sixto Gil. Esta foto probablemente fue hecha en la primera década del siglo XX, en su fundo La Montaña, de Aragua de Maturín, luego de regresar al país tras largos años de exilio. La conservaba en sus archivos su hijo Ramón, quien murió el 14 de junio de 1986.

Índice

Agradecimiento	7
Dedicatoria	9
Prólogo	11
Prefacio.....	13
El contacto	17
Hernández y Ducharne	19
La proclama de “El Mocho Hernández”.....	21
El escenario bélico	30
El obstáculo de la guerra	31
Guanoco y la New York & Bermúdez Company	32
La acción	34
Hacia el caño Colorado	35
De regreso a Guanoco	37
Hacia las montañas	39
Dos maneras de concebir la guerra	40
La autarquía como esperanza	44
El éxito militar del combate de Caripito	45
Un cerco a la guerrilla	48
El costo de una mala decisión	50
Gabaldón persigue	52
Los llanos: una clara advertencia	55
Combate de Clavital	59
Combate de Los Mangos Amarillos	62

La separación	64
Ducharne y los llanos de nuevo	67
Sitio inexpugnable	68
La sorpresa de Maturín	69
Festejo en el campamento	72
Persecución final	74
Los Tres Cerros	76
El fin de la guerra	77
El escape	79
Trinidad y las perspectivas	81
Nuevos derroteros	82
Las hazañas de Sixto Gil	84
Estertores de la guerra	86
Anexos	87

Sixto Gil
se editó en digital
en octubre 2021
Caracas - Venezuela





Sixto Gil es el relato apasionado acerca de un personaje condenado al fracaso, que emprende una lucha con jefes motivados más por los sueños y las esperanzas que por las realidades objetivas, y que sin recursos ni planificación marchan heroicamente hacia una inevitable derrota. Desde que se produce esta revolución hasta que muere el general Gómez pasan veinte larguísimos años. La historia nos envuelve desde la primera hasta la última página, para encontrarnos atrapados, de pronto, en una trampa de ríos y de pueblos que no sabemos dónde quedan, pero que sí sabemos que Sixto Gil conoce muy bien. Nadie está esperando que caiga el dictador, sino que Sixto Gil se salve y salve a su gente.

AURELIO GIL BEROES

Periodista egresado de la UCAB en 1973, de amplia experiencia tanto en medios radioeléctricos como impresos, acerca la luz de la historia a las primeras décadas de nuestro siglo XX, para iluminar hechos y acontecimientos ocultos hasta ahora en nuestro acontecer contemporáneo.

